

# PASTORAL

DEL ILUSTRÍSIMO

SEÑOR MARIANO CASANOVA

SOBRE LA

INTEMPERANCIA EN LA BEBIDA.

---

EL DEMONIO ALCOHOL

POR EL DOCTOR

PROSPERO DESPINE.

---

QUITO.

---

IMPRESA DEL GOBIERNO.

---

1880.

*R*

# PASTORAL

DEL

ILMO. Y RVMO. SEÑOR ARZOBISPO

DOCTOR DON MARIANO CASANOVA,

SOBRE

LA INTEMPERANCIA

EN LA BEBIDA.

---

*Nos, Mariano Casanova, por la gracia de Dios  
y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de San-  
tiago de Chile.*

AL CLERO Y FIELES DE LA ARQUIDIÓCESIS,  
SALUD Y PAZ EN EL SEÑOR.

---

*Neque ebriasi.... regnum  
Dei possidebunt.*

Los entregados á la ebriedad no poseerán el reino de Dios.

(San Pablo; Carta 1 á los Cor.)

## I

De los dones naturales con que Dios ha favorecido al hombre el excelente es el de la razón. Este dón lo distingue esencialmente de los demás seres de la creación y lo constituye soberano de todos

ellos. Es la luz que debe guiarlo á través de su peregrinación por la tierra, haciéndole discernir, con el auxilio de la fe, el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo que conduce á su felicidad de lo que lo aparta de ella. Señora de las pasiones, les señala el límite hasta donde pueden llegar y el cauce por donde deben correr sus aguas sin desbordarse.

Siendo tan grande la excelencia de este dón, grande debe ser también nuestro empeño por conservarlo en toda su integridad y mantenerlo en pleno ejercicio. Sin embargo, hay un vicio, amados diocesanos, cuya consecuencia inmediata es la perturbación y oscurecimiento de esta nobilísima facultad, y que impidiéndole su cabal ejercicio, coloca al hombre al nivel de los seres irracionales. Despojada, á causa de este vicio, de su altísima prerrogativa de ser racional, envilécese su dignidad de hombre y deja caer al fango su corona de rey de la creación. Este vicio degradante es la embriaguez, producida por la intemperancia en la bebida.

Mas, con ser tan degradante y envilecedor, vemos con honda pena que este vicio se extiende en nuestro pueblo en proporciones formidables y se propaga como lepra contagiosa en las diferentes clases de nuestra sociedad. Los repugnantes espectáculos de la embriaguez se presentan en todas partes: en las grandes poblaciones, en las aldeas, en los campos, en los caminos públicos; y no están exentos de su contagio ni el adolescente que lleva todavía en su frente la aureola de la inocencia, ni el anciano de blancos cabellos que va inclinándose al sepulcro, ni aun el sexo que se distingue por su delicadeza. Sorprende verdaderamente la cifra de personas, víctimas de este vicio, que recogen cada día los agentes de la autoridad en las calles públi-

tas de nuestra capital, para ocultar tan tristes miserias á la vista del extranjero y del hombre honrado.

Y lo más doloroso es que los vicios eligen de preferencia para soltar la rienda á sus pasiones desbordadas el día que Dios nos manda santificar con obras de piedad y de misericordia, día en que, dando de mano á las faenas abrumadoras que agobian el cuerpo, debemos ocuparnos en los intereses eternos del alma.

Grande es sin duda, á los ojos de la fe, y aun á los ojos de la filosofía y de una política elevada el día del Señor. *El día que Dios ha hecho* (Salmo 117) y que ha hecho para sí; el día de sus misterios y de sus milagros, en que ha manifestado las maravillas de su poder y de su misericordia; el día de su glorioso y eterno reposo después de la creación de este magnífico Universo; el día de la resurrección y de la vida por la victoria de su Hijo sobre la muerte y el infierno; el día de la libertad y de la transformación del mundo por la bajada de su Espíritu sobre las naciones sumergidas en los abismos de errores, de corrupción y de miseria; este gran día es el que de preferencia se elige para ofender al Señor y para abusar torpemente de sus gracias y misericordia.

La extensión y gravedad de este vicio, causa de tantos y tan lamentables males en el individuo, en las familias y en la sociedad, nos imponen el deber de levantar nuestra voz para traer á buen camino á los extraviados, preservar á los que se hallan en peligro de contagiarse y conjurar á todos los que se interesen sinceramente por la suerte de nuestro pueblo á que nos ayuden á extirpar, si fuese posible, ó á atenuar, al menos, los estragos de este vicio, que degrada la dignidad humana, que envile-

ce el carácter del cristiano y hasta deshonra el nombre de chilenos.

Y ahora que vuestras almas, amados diocesanos, han sido purificadas en las aguas de la penitencia con el cumplimiento del precepto pascual, lisonjéanos la esperanza de que nuestras exhortaciones paternales no caerán en los corazones como semilla en roca estéril ó en terreno pedregoso. Y á fin de retraer con más eficacia de la intemperancia á aquellos que pagan á ella tristes y frecuentes tributos, séanos permitido presentar á su vista el cuadro de los males que produce en el individuo, en las familias y en la sociedad; investigar las causas principales que favorecen su propagación y señalar algunos de los remedios que pueden servir para curarla.

No extrañéis que, llenos de interés por vuestras almas, nos sobrepongamos al disgusto profundo que nos causa la sola idea de tratar de un asunto que nos presenta cuadros de desolación y de vergüenza, de un vicio que nos humilla y nos degrada. Confiando en Dios, nos atreveremos á sondear esta llaga repugnante de nuestras costumbres degeneradas; y llevaremos la luz á esos antros oscuros de la abyección más profunda, porque el Señor nos ha colocado en medio de vosotros, no solamente para *edificar y plantar*, sino también *para arrancar y destruir*. (Jeremías, 1, 10).

## II

El individuo es la primera y más infortunada víctima de la embriaguez habitual, en quien acumula un montón de ruinas morales, intelectuales y físicas.

La Divina Providencia ha señalado á los deseos del hombre, como á las olas del mar, un límite que no puede traspasarse sin caer en el desorden. Por esta razón, en el orden moral todo exceso degenera en vicio, así como en el orden físico todo exceso degenera en dolencia. Mas, los deseos del hombre no se sacian jamás, y las pasiones, tascando el freno de toda ley, se precipitan como corceles desbucados atropellando las vallas más poderosas. Para contenerlas dentro de los límites que les ha señalado el dedo de Dios, se necesita del esfuerzo de una virtud que tiene por objeto reglar los apetitos del cuerpo á fin de someterlo al espíritu y sujetar más fácilmente el espíritu á Dios. Esta virtud es la templanza, virtud *cardinal* ó fundamental, cuyo ejercicio es indispensable para la salvación.

Pecan contra esta virtud los que se exceden en la bebida hasta caer en la embriaguez, que produce el trastorno de la razón, y pecan gravemente, porque la pérdida voluntaria de la más noble facultad humana implica un gravísimo desorden moral. "La razón, dice el doctor Dufieur, es como un rayo divino que se derrama sobre el hombre revisitiéndole de su majestad. La razón no le ha sido dada para ser la compañera del vicio" (1).

Con el oscurecimiento de la razón el hombre pierde la conciencia de sí mismo, se hace inhábil para obrar como sér racional, se transforma en máquina inconsciente cuyos movimientos son regulados por ciegos apetitos, y cae en una abyección más profunda que la de los animales, en quienes el instinto suple en algún modo la carencia de la razón. Podría preguntarse si el ebrio es un hombre,

---

(1) *Nature et Virginité.*

ya que no piensa, no siente, ni ama, cosas que son atributos esenciales del hombre. Los vapores del vino extinguen los más nobles y naturales sentimientos del alma: para el que se entrega á la pasión del vino no hay padres, ni esposa, ni hijos, ni amigos. Estos vínculos tan dulces como sagrados, con que la naturaleza ha encadenado el corazón, no solamente se relajan y debilitan, sino que suelen convertirse en lazos odiosos y detestables. La conciencia, el honor, la reputación, las consideraciones sociales dejan de ser estímulos para contener los desbordes de la tiránica pasión.

El que por exceso en la bebida se hace incapaz de toda reflexión, se precipita fácilmente á todo género de desórdenes, se abalanza ciegamente á toda clase de crímenes, y como el que anda entre precipicios con una venda en los ojos, va rodando de abismo en abismo y de iniquidad en iniquidad. Por eso justamente ha dicho San Agustín que "la embriaguez es la fuente de todos los crímenes, el origen de los más deplorables extravíos, la raíz de los vicios, la causa de las malas acciones." El hombre privado de la razón, siente con violencia irresistible el imperio de sus malos instintos, y careciendo de toda la energía moral para reprimirlos y de toda reflexión para medir la consecuencia de sus actos, se deja arrastrar por ellos á los mayores excesos. Ora es una bestia feroz, sedienta de sangre, que hiere y mata sin compasión y blanda con goce inhumano el puñal asesino, y provoca con ademán insolente y con injurias soeces á riñas sangrientas de que ellos mismos suelen ser víctimas desgraciadas. Ora es un miserable idiota, que sin conciencia de sí mismo, profiere blasfemias y palabras indecorosas y lascivas que van á herir oídos castos y exhiben públicamente desnudeces que

blenden el pudor de las personas honestas y delicadas. Ora se precipita con ansia insaciable á los placeres sensuales y se revuelca en el fango de esos deleites inmundos, porque dicho está en el Libro de los Proverbios: *El vino está lleno de injuria.* (2) El pillaje, el robo, el asesinato, las riñas, las injurias, la crueldad suelen ser el cortejo obligado de la embriaguez. Y muy á menudo los que premeditan un gran crimen piden al alcohol el valor que les falta para cometerlo, en la persuasión de que éste tiene la triste virtud de convertir en fiero al hombre más pacífico, de hacer temerario al más precavido, y de dar la dureza y la frialdad del mármol al corazón más sensible.

La estadística criminal de todos los pueblos confirma esta verdad; pues de las espantosas cifras que ella consigna se deduce que la mayor parte de los crímenes que se cometen en el mundo son producidos por la embriaguez. Y no es menester pedir revelaciones á la estadística criminal para adquirir este triste convencimiento. ¿No vemos con nuestros propios ojos cómo se transforma la indole de nuestro pueblo con el exceso de la bebida? No vemos cómo hombres de indole tranquila se hieren y matan con ferocidad salvaje bajo la influencia de la embriaguez? ¿No vemos cómo personas que en la posesión de su juicio no se atreverían á ejecutar en público ningún acto menos decoroso, suelen presentar en nuestras calles y plazas espectáculos de impudor desenfrenado? Es porque, como dice el Libro del Eclesiástico, *el vino engendra la cólera, destruye el pudor y amontona grandes ruínas.* (3)

Y estos delitos, que tienen por causa á la em-

(2) Cap. XX. v. I.

(3) Cap. XXXI. v. 38.



briaguez, no son excusables moralmente con la consideración de la carencia de libertad y de razón, porque si los que los cometen no son libres en los efectos, lo son en la causa, toda vez que han podido prever que, embriagándose, caerían en esos delitos. Esta es la doctrina del Concilio de Viena cuando dice: "Las personas ebrias no son libres ni en sus cuerpos, ni en sus espíritus; sin embargo, no dejan por esto de ser culpables de los crímenes que han cometido sin saberlo; porque esta ignorancia es voluntaria en la causa".

Pero á todos estos males debe agregarse el peligro inminente y gravísimo de condenación en que se encuentran los viciosos. No ignoráis, amados diocesanos, que el hombre que no está en su sano juicio es incapaz de recibir la absolución de sus pecados; de manera que si por algunos de los fatales accidentes á que expone la embriaguez, se hallase un hombre en trance de muerte, el sacerdote no podría absolverlo y moriría en su pecado. Todos los vicios dejan esperanza de salvación, porque ninguno apaga la luz de la razón é inhabilita para el arrepentimiento; sólo el de la embriaguez cierra por esta causa las puertas de la misericordia y de la reconciliación. Por esto ha podido decir con razón San Hilario de Poitiers que: "la embriaguez es una muerte anticipada, y aquel que es víctima de ella es un cadáver animado". Es ciertamente una muerte del alma, porque no sólo la priva de la gracia, que es su vida, sino que la imposibilita para recobrarla mientras se encuentra bajo la influencia de este vicio. ¿Y qué otra cosa que cadáver es un hombre que no vive vida racional y que carece hasta del movimiento? "La embriaguez, dice San Agustín, es dulce veneno, y aquel que llega á ser su víctima, no es dueño de

el mismo: no solamente comete un pecado cuando se embriaga, sino que todo en él es pecado”.

No es menos deplorable el daño que causa este vicio á las potencias intelectuales del hombre. Y si nos referimos solamente al efecto pasajero de la pérdida de la razón, consecuencia inmediata de la embriaguez, sino á los efectos permanentes que suele producir en las facultades intelectuales.

Una larga y constante experiencia demuestra que con el uso frecuente y excesivo del licor, la inteligencia va perdiendo su vigor y fuerza de concepción é imposibilitándose para discurrir sobre asuntos que reclaman alguna atención. La memoria se debilita hasta el punto de perder todo recuerdo; las ideas se trastruecan y confunden, y la imaginación, que el alcohol excita momentáneamente, va entorpeciendo con rapidez y haciéndose cada vez más impotente para comprender y producir la belleza. Este progresivo deterioro de las potencias intelectuales, tiene en un gran número por término la locura y el embrutecimiento. “La embriaguez, dice Plutarco, habita en compañía de la locura ó del furor” Hay autores dignos de respeto que aseguran que más de la mitad de las enajenaciones mentales son causadas por el abuso del vino, especialmente en países en que, como en el nuestro, la bebida entra á formar parte de los hábitos populares. Con la fuerza siempre creciente del hábito llega á perderse el pensamiento de todo lo que no es bebida y esta sola idea se asienta en la mente con la tenacidad de la monomanía. Así, pues, el idiotismo ó la locura, las dos más tristes situaciones de la vida, suelen ser una de las terribles sanciones con que Dios castiga en este mundo el vicio degradante de la embriaguez.

En cuanto á sus efectos físicos nada mejor po-

driamos hacer que invocara el autorizado testimonio de los hombres de la ciencia, todos los cuales están contestes en afirmar que la bebida excesiva es por sí misma de un gran número de enfermedades que conducen á la muerte. Baste como comprobación el testimonio del sabio doctor Descuret, en su excelente obra intitulada *La Medicina de las Pasiones*. “Las enfermedades, dice, procedentes de la embriaguez, varían según la antigüedad de ésta, la particular disposición de los individuos á contraer ésta ó aquella afección, la calidad de las bebidas que se usan, la cantidad que se absorbe de las mismas y el clima en que se vive. Así, en unos el estómago se vuelve perezoso y las digestiones son lánguidas y penosas; en otros adquiere una susceptibilidad tal, que no puede conservar la menor cantidad de alimento.

“Desarrolláanse á menudo accesos de epilepsia, que al principio son pasajeros, pero que no tardan en degenerar en un temblor general, en la parálisis, en la hipocondría en el hombre; en el histerismo en la mujer; y en la manía y demencia en ambos sexos. Altéranse las funciones de la respiración, de la circulación y de la piel, se fatiga el pulmón, obligado, como se halla, á elaborar enormes cantidades de alcohol, y de aquí provienen congestiones, neumonías, asmas é hipertrofías de varios órganos..... Pero el más terrible compañero de la embriaguez, ó por mejor decir, la más común terminación de este funesto vicio es la apoplejía. Nadie ignora que por más de una vez se han suspendido festines por una desgracia acontecida á uno de los convidados; más de una vez se han aterrorizado los bebedores al ver á uno de sus compañeros caer en medio de ellos con la rapidez del rayo para no volverse á levantar”.

¿Cuáles son los frutos de la intemperancia? pregunta un antiguo y famoso médico, y responde: "contraer algunas largas enfermedades, amargos y ordinariamente inútiles pesares". (4)

No ha observado que una gran parte de las muertes repentinas y de los suicidios se verifican durante la embriaguez, y que las epidemias, y entre estas el cólera morbo, se ceban con especialidad en los que viven entregados á este vicio. Visitad los hospitales, asilos abiertos por la mano de la caridad para las miserias del cuerpo, y preguntad quién ha puesto á buen número de esos infelices en el duro lecho en que se agita la fiebre y reina el insomnio, y ellos mismos os responderán que la destemplanza en la bebida. Por eso se ha dicho con razón que este vicio ha sacrificado más víctimas que la guerra y las pestes. Raros son los que llegan á la ancianidad; y para los que no sucumben al vicio en edad temprana, la vejez es una carga de dolores y de miserias, dejos amargos del vicio invertido.

¡Y qué repugnante es el espectáculo de un hombre embriagado! Su frente se inclina á la tierra como si el peso del vicio le obligara á poner en ella el fin de sus esperanzas; sus ojos pierden el brillo, que es reflejo de la luz de la inteligencia, y su mirada lánguida y extraviada parece ser la última llamada de la vida; su boca entreabierta y sus labios caídos parecen querer dar salida al fuego que abraza sus entrañas; sus movimientos son irregulares y sus piés vacilan como si se resistiesen á sobrellevar el peso de un cuerpo en que el espíritu ha perdido su dominio; y cuántas veces, rëndidos al peso de esta carga abrumadora, se les vé tendidos

(4) Souvenir d'un ancien médecin.

á la intemperie y al borde del camino, como una bestia de carga á quien el cansancio ha impedido llegar á su destino! Tan cierto es que el hombre cuando se hace esclavo de sus pasiones, se *coloca al nivel de los brutos y se asemeja á ellos.* (5)

El célebre doctor Alibert, en su libro *Physiologie des Passions*, dice: "aquel que se abandona á los excesos del vino y de los licores fuertes destruye la dignidad humana; pierde el juicio que debe guiarle en los negocios serios de la vida; se rebaja al nivel de los más viles animales por una alegría indecente y desordenada; llega á ofender á sus amigos más queridos y á dirigir sus ultrajes contra lo que hay de más santo y religioso; sus furores llegan al frenesí y viene á ser la risa de sus semejantes."

### III.

Pero la embriaguez, no solamente engendra en el individuo la más profunda degradación moral, el oscurecimiento de la razón, la pérdida de la inteligencia, el agotamiento de las fuerzas físicas, las enfermedades y la muerte prematura, sino que lleva la desolación y la desgracia al seno de la familia.

Un bebedor consuetudinario no puede ser ni buen padre, ni buen esposo, ni buen hijo, porque este vicio extingue en el alma esos dulces amores, sin los cuales no puede haber felicidad doméstica. En el hogar del obrero entregado á la embriaguez son perpetuos huéspedes la miseria, el hambre y la desnudez.

*El obrero dado al vino no se enriquece jamás,* di-

(5) Salmo XLVIII, v. 21.

del Libro del Eclesiástico. No se enriquecerá, aunque todo el fruto de su trabajo no basta para satisfacer las crecientes exigencias de la pasión. Puede decirse con verdad que el vicioso sólo trabaja para beber; poco le importa que sus hijos perezcan de hambre y tiriten de frío; poco le importa que la esposa á quien se ha unido para hacerla desgraciada mendigue de puerta en puerta el pan para ella y para sus hijos. Las lágrimas y lamentos de esos seres, por su culpa infortunados, no servirán sino para irritarlo y añadir al desamparo los vejámenes y la violencia. Esos seres cuyo infortunio es mudo acusador de su mala vida, son las primeras víctimas de la hidrofobia que produce el licor; y muchas veces un hijo convertido en fiera, arrastra por el suelo á su padre anciano ó desgarrá el seno que lo concibió á la vida. Ellos beben cada semana y cada día las lágrimas de su esposa y el pan de sus hijos y hasta la sangre de un hermano ó de un amigo sacrificado al furor exaltado por los vapores de la orja.

Es de todo punto imposible que con hombres de tales condiciones haya paz, holgura y unión en las familias; porque la paz es inconciliable con el vicio, la abundancia con la disipación y el derecho, y la unión con las desavenencias continuas que origina la conducta habitual del padre, del esposo ó del hijo. De aquí provienen la desunión en los matrimonios y el divorcio con sus funestas consecuencias para la prole y para la moralidad de los cónyuges. Nadie ignora que estas separaciones violentas son casi siempre semilleros de odios, de venganzas, de adulterios, de concubinatos, de abandono de los hijos y de muchos otros resultados dolorosos.

Por una ceguera inconcebible los hombres en-

tregados á la embriaguez renuncian á las suaves alegrías del hogar, las únicas que podrían suavizar las amarguras de la vida y compensar las duras privaciones de la pobreza y las fatigas del trabajo. En las cariñosas solicitudes de una esposa y en el amor inocente de sus hijos encuentra el hombre honrado goces sin mezcla de amargura y una fuente de consuelos en las penas de la vida. Los sufrimientos que el amor comparte pierden la mitad de su dureza y no es difícil sobrellevar la carga de las pesadumbres, cuando hay hombres amigos que nos ayudan á arrostrarla. ¡Qué grato y dulce es para el labriego llegar, al declinar la tarde, á las puertas de su hogar tranquilo, después de las rudas faenas de cada día, donde le aguardan impacientes su esposa y sus hijos con la parca cena aderezada y la lumbre encendida y el lecho dispuesto para el descanso! Estas satisfacciones puras son para el hombre de limpia conciencia y de recto corazón bastantes para hacerle olvidar las penalidades del trabajo y las escaseces de la pobreza. Pero el hombre vicioso se cierra voluntariamente la puerta de estas puras y legítimas satisfacciones por entregarse á las brutales de la embriaguez.

#### IV

No son menos lamentables los males que ocasiona á la sociedad el uso immoderado del vino. La moralidad es un interés primordial en toda sociedad bien organizada, porque sin ella no puede haber bienestar y prosperidad; y la experiencia de cada día nos enseña que la embriaguez abre hondas heridas en la moralidad social. Se habla con

ante de los progresos del pauperismo, que va aumentando en el seno de las sociedades modernas, a la manera de las heces del vino, una muchedumbre de seres desvalidos é inhabiles para el trabajo, que viven en la ociosidad y el abandono, y que son materia apta para los crimenes. Muchedumbres que miran con mirada envidiosa la fortuna de los ricos, que están siempre dispuestas para el robo y el pillaje y que son las primeras en presentarse en los movimientos populares y en responder á la excitación de quien quiera guiarlas al asalto de la propiedad. Si se quisiera investigar la causa de este mal, se adquiriria el convencimiento de que en gran parte es la embriaguez habitual el origen del pauperismo, que está viciando como una lepra mortífera el cuerpo social. Este vicio empobrece y hace odiar el trabajo, porque inhabilita para todo esfuerzo intelectual ó físico; ¿y qué otra cosa es el pauperismo que la miseria unida á la ociosidad?

Se lamenta con razón el desbordamiento de la corrupción en todas las clases de nuestra sociedad, corrupción que nos va acercando á los siglos paganos. Sombrio ha sido siempre el cuadro de la perversidad humana; pero á medida que se aumenta la prosperidad material, parece que el cuadro se recarga de sombras más espesas. No diremos que no haya otras causas que influyan en el creciente desborde de los delitos; pero no sería aventurado asegurar que la embriaguez es uno de los factores principales. Y en esta virtud, todo lo que se haga por suprimirla redundará en beneficio de la moralidad social.

Los legisladores antiguos, mucho más severos que los modernos, castigaban la embriaguez con penas rigurosas, convencidos de los males que origina á la sociedad. Draco, legislador ateniense,



castigaba este vicio con la muerte. Licurgo hacía embriagar á los esclavos para inspirar á la juventud horror por el vino; pero, persuadido de la inutilidad de este arbitrio, mando arrancar todas las viñas en el suelo de Esparta. Una ley de Píndaro, rey de Mitilene, imponía doble pena al que cometa un crimen en estado de embriaguez para castigar el crimen y la destemplanza. Zaleuco, legislador de los Locrios, sólo permitía el uso del vino á los enfermos, y castigaba con la muerte al que lo usaba fuera de este caso. Pitágoras privaba á sus discípulos del vino, porque aseguraba que es enemigo de la sabiduría y una predisposición para la locura. Una antigua ley romana sólo permitía el uso del vino á los treinta años. Francisco I, Rey de Francia, expidió un edicto en que castigaba la embriaguez con pena de reclusión, azotes y destierro.

Resistentense á menudo los servicios y administraciones públicas de los efectos de la embriaguez. Ella es frecuentemente la causa de terribles accidentes en los caminos de hierro, en las embarcaciones, en las minas y fábricas. Y por eso el tercer Presidente de los Estados Unidos, Tomás Jefferson, decía: "El hábito de los licores en los empleados ha perjudicado más al servicio y me ha embarazado más que cualquiera otra circunstancia".

En virtud de estas consideraciones, los legisladores y todos los que tienen en el Estado la misión de promover los intereses públicos y procurar el bien social deben arbitrar medidas eficaces para contener los estragos de la embriaguez.

"¿Para qué sirven, dice el Dr. Lauvergne, las enormes sumas gastadas por los gobiernos en instruir á las clases pobres, si se deja á merced de la multitud al lado de la luz el licor que la extingue ó la hace insitil? El Gobierno debe fundar su estable-

del en la moralidad de los ciudadanos y para conseguirlo debe perseguir por todos los medios posibles á los agentes provocadores de la borrachera" (6)



Para reprimir los males es necesario investigar la causa que los produce. Múltiples son las causas á que debe la embriaguez la excesiva propagación que lamentamos.

La primera es el mal ejemplo. Los espectáculos de la embriaguez casi siempre se ostentan en público con el desenfado y desenvoltura de quien ejecuta una acción que le trae honra. Los hijos del pueblo nacen y crecen viendo esos espectáculos dentro y fuera de sus hogares; y tanto se familiarizan con ellos que llegan á considerarlos como algo de los comunes é inocentes. Y es sabido cuán poderoso es el contagio del mal ejemplo, especialmente en los primeros años de la vida.

Por esta razón, los padres de familia que se embriagan en presencia de sus hijos son los verdugos y corruptores de aquellos á quienes, por derecho natural y divino, deben formar para el bien y la virtud. El mal ejemplo de los padres autoriza á los hijos para entregarse al vicio, aunque aquellos tengan derecho á reprimirlos y corregirlos. Al contrario, los hijos que, á causa del mal ejemplo de sus padres, fuesen más tarde desgraciados, tendrán derecho á culparlos de su desgracia y á arrojárselos al rostro como tremenda acusación el patrimonio de infortunios que con sus malos ejemplos recibieron de su mano. Y en vano gemirán las infelices

(6) De l'Alcool et de la Mort.

padres por la suerte de sus hijos, pues las lágrimas maternas tendrán menos eficacia en el corazón de sus hijos que los ejemplos corruptores de los padres, porque estos tienen en su abono las malas inclinaciones de la naturaleza humana.

Otra de las causas capitales de la propagación de la embriaguez, es la existencia y multiplicación de esos centros de corrupción conocidos con el nombre de *garitos*, *chinchales* y *fondas*, y que tienen por objeto proporcionar al pueblo pasatiempos perniciosos, é incitarlo á todo género de vicios, y donde se le propina veneno con apariencias de licor.

Allí se reúnen todos los hombres perversos para entregarse sin tasa ni medida á los excesos de la embriaguez y estimularse con el ejemplo y el consejo recíprocos para la satisfacción de todas las malas pasiones y perpetración de todo género de crímenes. Puede decirse que allí se encuentran todas las tentaciones para el mal: se entra en relaciones con los hombres más avezados en el crimen y se forman amistades que tienen por vínculo la licencia. Allí se ven esas luchas de cinismo en que se disputa la palma de perversidad pavoneándose del mal que han hecho y del que no han hecho con el intento de adquirir la vergonzosa celebridad del crimen. Allí se disipa en la embriaguez y en el juego todo el fruto del trabajo, el pan de la familia y el haber de los hijos con un lujo de prodigalidad que jamás se tiene para lo bueno. Y cuando se ha consumido el dinero, y la pasión, que nunca se sacia hace sentir todavía sus estímulos, se pide dinero al robo y á la rapiña: y si para obtenerlo es preciso herir, se hierre; si es preciso matar, se mata. Y las más veces esas reuniones de amigos degeneran en querellas sangrientas y

Los sitios de divertimento se convierten en campo de batalla. La insensibilidad del corazón, la exaltación del sentido moral, el olvido de los deberes sagrados y de las leyes de la naturaleza: he ahí los focos de la corrupción del pueblo, las escuelas del vicio y las madrigueras del crimen; y por tanto, los que trafican con este comercio infame, son los verdaderos corruptores de nuestro pueblo y los responsables en gran parte de sus desgracias.

## VI

De la exposición de las causas que contribuyen á la propagación del vicio que nos ocupa, se deduce cuáles han de ser los remedios que conviene aplicar para su curación.

La religión es la única que ofrece remedios eficaces contra los males morales; porque es la única que castiga con sanción poderosa é ineludible la trasgresión de la ley moral y ofrece recompensas capaces, por su excelencia y duración, de estimular á la práctica de la virtud y excitar al cumplimiento de los deberes morales. El temor de las penas eternas es el freno más poderoso para el hombre que conserva la fe; porque sabe que no hay medio de eludir las ni posibilidad de sustraerse á la mirada penetrante del Supremo Remunerador.

De aquí se deduce; que para contener el desbordamiento de las malas pasiones y curar los vicios morales importa en gran manera avivar este saludable temor inspirado por la Religión. El hombre atrastrado violentamente por la fuerza del hábito, suele olvidar, ó adormecer al menos, el recuerdo de los castigos eternos; pero, pasado el delirio de la

pasión, aparece de nuevo en forma de recordimiento y se clava en el alma á manera de punzadora espina. Conviene, por lo tanto, despertar á menudo ese recuerdo en el alma sojuzgada por el vicio para levantarla de su postración y sacudir esa especie de insensibilidad mortal que produce el hábito vicioso.

“Un grano de fe que procura la calma, el valor y la resignación, dice el doctor Th. Perrin, (7) es incomparablemente más útil que una fuscular que podría levantar una montaña”.

“En el orden moral la fe es para nosotros la condición de toda luz y de todo poder”, agrega Bantucci, (8) y Hufeland afirma que “la religión contribuye á prolongar la vida por las fuerzas que da para combatir las pasiones”.

Esto os corresponde á vosotros, amados cooperadores nuestros, en el ejercicio de vuestros santos ministerios, especialmente en la predicación y en el augustó tribunal de la penitencia. Es indispensable que cuando llegue á vuestros piés una persona entregada al vicio que deploramos, os empeñen en producir en el alma un saludable espanto, haciéndole ver el miserable estado á que lo reduce el vicio, el gravísimo peligro en que se halla de morir sin haber obtenido el perdón de sus pecados y la espantosa eternidad de penas que sería inevitable consecuencia de su perseverancia en el mal.

Es necesario asimismo, destruir la presuntuosa esperanza de curar de sus malos hábitos en la tarde de la vida, esperanza que mantiene á muchos largos años en estado de condenación eterna. Nadie ignora que cuando los vicios envejecen es poco

(7) De la *Periodicite*.

(8) *Art. de prolonger la vie humaine*.

menos que imposible su curación; porque los hábitos inveterados forman una segunda naturaleza. Quanto más tiempo se deja arrastrar el hombre por las pasiones, tanto más fuerte es el imperio que ellas adquieren y tanto más se disminuye la energía moral para resistir a sus embates. Por esto, sin un auxilio eficacísimo de la gracia divina, que muy pocos obtienen, es muy difícil extirpar los vicios ya envejecidos. Es fácil detener la corriente cuando no es más que un hilo de agua; pero cuando se convierte en torrente, los diques más poderosos suelen ser insuficientes para contener sus estragos. Así son las pasiones, cuando comienzan á desbordarse del cauce del deber, no es difícil detenerlas; pero cuando han avasallado al hombre y cobrado con la libertad que se les deja la fuerza del torrente, entonces el hombre es un mísero juguete de sus aguas desbordadas.

“Las pasiones, dice Descuret, en su primer grado *piden*, en el segundo *exijen* y en el tercero *obligan*.”

“Ni el temor de las leyes, dice Dauvergne, ni la opinión de nuestros maestros ó de la sociedad pueden domar la embriaguez cuando el hábito ha logrado esclavizar al hombre.

Es necesario un milagro, una resurrección, para que un enfermo se cure de este vicio, y tales curaciones son en verdad fenomenales.”

La Religión suministra también otros saludables arbitrios para curar las llagas del alma, tales como la frecuentación de los santos sacramentos de la penitencia y de la comunión, los ejercicios espirituales de San Ignacio y la práctica de la oración y de la mortificación, recursos que, empleados debidamente, tienen por sí solos eficacia bastante para

regenerar á las almas y volverlas á la práctica del bien.

Pero ninguno de estos poderosos auxilios que ofrece la religión para ayudar á la debilidad humana produciría el efecto que se desea, si al mismo tiempo los atacados del vicio no huyesen cuidadosamente de las ocasiones peligrosas y de las malas compañías; pues dicho está por el Espíritu Santo que *el que ama el peligro, en él perecerá*. Dios está dispuesto á ayudar con su gracia á los que desean convertirse á él; pero respeta la libertad que ha dado al hombre, y en esta virtud, todas sus gracias serían ineficaces, si éste no cooperase á ellas, poniendo de su parte los medios necesarios para salir de su estado. Uno de estos medios necesarios es la fuga de las ocasiones peligrosas, como sería la abstención absoluta de concurrir á los lugares en que se trafica indignamente á costa de la moralidad del pueblo.

Y puesto que las autoridades públicas están igualmente interesadas en la extirpación del vicio de la embriaguez, que es causa y ocasión de otros muchos crímenes, á ellas les corresponde, en cumplimiento de gravísimos deberes, impedir que se establezcan en las poblaciones esos focos de perversión y centro de inmoralidad en que el obrero dilapida en unas cuantas horas el dinero ganado para su familia en una semana de rudo trabajo.

La moralidad interesa á todos, y todos debemos aunar nuestros esfuerzos para conservarla y curar los vicios que la destruyen. Todos, por tanto, magistrados y curas de almas, padres de familia y propietarios de fundos rústicos, dueños de fábricas y jefes de gremios industriales, deben cooperar á esta obra de regeneración social é individual. Si la caridad no reclamase estos generosos esfuerzos, los

clamaría la humanidad, el patriotismo y hasta el propio interés, como quiera que son muchos y de todos géneros los males que causa la embriaguez en nuestro amado pueblo.

Escuchad, queridos diocesanos esparcidos en toda la extensión de nuestra vasta diócesis; escuchad la voz de vuestro Pastor, que no tiene otra ambición que la de veros abundar en toda clase de bienes por medio de la práctica de las virtudes cristianas.

Nos encontramos profundamente impresionados al ver los estragos que causa este vergonzoso vicio en todas las clases de la sociedad, y jamás dejaremos de clamar, como lo aconseja el profeta: *clama, se oyes*: y lo haríamos aun cuando nadie se levantara para ayudarnos. Pero nos consuela el pensar que ya no sólo somos los pastores de las almas los que nos alarmamos! Con nosotros deploran tan grave mal todos los corazones rectos. Nuestros tribunales aplican sin cesar las penas de la ley á los culpables, dejando constancia de que casi siempre es el licor la causa ó el auxiliar de los más grandes crímenes. Nuestras cárceles reciben frecuentemente centenares de culpables que va ya siendo difícil corregir. Los jefes de talleres ordinariamente se ven obligados á cerrar sus puertas los primeros días de la semana por carecer de operarios, y las faenas agrícolas se retardan notablemente por la misma causa del abuso del licor en el pueblo.

No delatamos este grave mal por mera complacencia, mil veces no. Lo que intentamos es excitar el celo de todos aquellos en cuyo corazón no ha perecido el sentimiento cristiano. A Dios gracias su número es todavía grande y mayor aún su influencia. Si consiguiéramos reunir esos esfuerzos;



si todos ellos formáran una santa liga contra la intemperancia, se podría realizar una saludable reacción.

En los primeros años de la Iglesia no fueron de lo predicadores del Evangelio los que conquistaron a Jesucristo la sociedad pagana, entonces tan enferma y tan corrompida, sino que las virtudes y el valor de los primeros cristianos contribuyeron eficazmente á tan feliz renovación. ¿Por qué los verdaderos cristianos que aun nos quedan no han de ayudarnos á salvar á la sociedad actual del abismo de corrupción en que se sumerge cada día más.

A los párrocos, amados cooperadores nuestros, con preferencia recomendamos el formar sociedades de templanza en la bebida, aprovechando para ello de la eficaz cooperación de la importantísima sociedad de Obreros de San José establecida en muchas parroquias, empeñándose para que sus miembros sean los apóstoles pregonadores de este remedio social y exigiéndoles ser los primeros en el ejemplo.

A las autoridades civiles y municipales, rogamos en nombre de Dios negar todo amparo y protección a las casas en que se expendan licores, y vigilar para que al menos no se venda en los días domingos y días festivos, imitando así á los Estados Unidos é Inglaterra, donde se prohíbe bajo severas penas, abrir en los días del Señor esa clase de establecimientos. Y deploramos la existencia legal de las autorizaciones ó patentes municipales que en cierto modo facultan la existencia de tales casas. La moral privada y pública ganaría grandemente con la exacta vigilancia de la autoridad y no tendríamos tantas desgracias que lamentar cada día.

Finalmente, ordenamos á los párrocos y rectores

en Iglesias y capillas leer por partes á los fieles es-  
ta nuestra Pastoral, insistiendo en sus predicaciones  
en la urgencia de trabajar por la mejora de las  
costumbres y por la temperancia de la bebida. ¡Dios  
bendiga á los que emprendan tan santa y benéfica  
empresa.

Dada en Santiago, el día del Patrocinio de San  
Joaquín, 12 de mayo de 1889.

† MARIANO,

Arzobispo de Santiago.

Por mandato de Su Señoría Ilustrísima y Re-  
verendísima.—*M. Antonio Román*, Secretario.

---

## UNA TRADUCCION INTERESANTE.

---

Un verdadero servicio á la civilización y á la moral lo ha hecho el ilustrado traductor del opúsculo del Doctor Próspero Despine, trasladándolo á nuestro idioma y proporcionando al pueblo una lectura tan interesante y moralizadora. El detestable vicio de la embriaguez se propaga á veces, aun entre hombres dotados de una razón despejada, porque no se reflexiona sobre las funestísimas consecuencias y males que éste encierra como fecondo germen de todos los demás vicios que acosan á la humanidad débil y enfermiza. Nunca serán suficientes cuantas medidas de precaución y represión se tomen contra esta calamidad social; y bien está que las lecciones del Doctor Despine pongan tan magníficamente descritos los horrores del *Demonio alcohol*, y que se difunda su lectura por todos los ángulos de la tierra. Por eso lo insertamos gustosos en "El Nacional", y cumplimos con el deber de dar las gracias al ilustrado traductor, que con su trabajo utilísimo, manifiesta el interés patriótico y humanitario de sostener la moral individual al cubierto de los tiros del vicio en nuestra sociedad. Ojalá que su lectura fuese tan eficaz como es amena; y copiosamente difundida y enseñada, sea un remedio activo para curar este cáncer que va insensiblemente extendiéndose y corroyendo las entrañas, sobre todo, de ciertas bajas clases de la sociedad.—Léase, pues, atentamente el siguiente opúsculo.

---

## ALGUNAS PALABRAS DEL TRADUCTOR.

Con dar á luz la versión castellana de este opúsculo, no hago sino ceder á mi propio deseo y al que tienen algunas personas bien intencionadas, de infundir en el ánimo de los jóvenes (particularmente de ellos) un profundo horror al vicio de la embriaguez, que entorpece la inteligencia, corrompe el corazón y debilita el organismo. La demencia, en el orden intelectual; la prostitución en todo sentido, en el moral; la decadencia, y la muerte, es el físico; la miseria, en el económico; son los deplorables resultados de tan abyecta y repugnante pasión. El autor lo demuestra perfectamente.

Si me fuese permitido añadir algo á cuanto dice el Doctor Despine, sobre los estragos que produce el alcohol, agregaría sólo que la pasión, no menos baja y perniciosa, de la *empleomanía*, fuente principal, tal vez única, de todas nuestras calamidades y trastornos políticos, nace de la afición á la bebida, que, empobreciendo á muchos individuos, alejándoles de toda ocupación lucrativa y honrosa, creando, para ellos, una necesidad más, que, á toda costa, deben satisfacer, les hace buscar en el Erario público el dinero que les falta, para proveer á su subsistencia y fomentar sus vicios.

Por lo demás, en el Antiguo y el Nuevo mundo, así en Inglaterra, como en Norte-América, en Francia, como en otros países, se va conociendo la extensión del mal causado por la embriaguez y adoptando medidas que lo atenúan, ya que es imposible extirparlo. Las sociedades de temperancia, fundadas en el Reino Unido por el célebre Padre Matew; las asociaciones de mujeres, que de suyo se organizan en varias ciudades de la Unión Americana, para declarar la guerra al *Demonio Alcohol*; las providencias que en otros lugares se adoptan, con igual fin, manifiestan que en los principales centros de cultura se empeña una lucha á brazo partido, contra el

no más abominable y funesto, entre todos los que de-  
gradan al hombre, enervan y envilecen la sociedad.

¡Plegue á Dios que en todas las naciones se lidie  
por la santa causa de la moral contra el crimen, de la  
cultura contra la torpeza, del trabajo contra el ocio, de  
la dignidad humana, en fin, contra el alcoholismo!

No necesito expresar que este deseo es más vehe-  
mente en mí, tratándose de mi patria, por ese natural y  
casi vituperable egoísmo, que nos hace apetecer lo bue-  
no, antes para nosotros que para los extraños.

Yo no creo que la lectura del folleto que he traducido  
baste á realizar el portentoso de que algunos bebedores  
renuncien á su pasión; pero sí me atrevo á esperar que  
esos sujetos, en quienes la afición no ha degenerado aún  
en vicio, hagan alto en la funesta pendiente, mediten y  
retrocedan horrorizados. Sobre todo, me asiste la es-  
peranza de que los jóvenes que no miran todavía con par-  
ticular agrado el impuro aroma y el cáustico sabor de los  
licores alcohólicos, leerán con fruto esta pequeña, pero  
muy interesante obra. Si consigo retraer á uno siquiera,  
de los llamados á acrecentar el número de esos seres  
desafortunados que ahogan su razón en raudales de aguar-  
diente, daré por bien empleada mi insignificante labor.

Cuenca, enero 30 de 1875.

LUIS CORDERO.

---

# EL DEMONIO ALCOHOL.

BERTRAM.

Boire! boire! c'est bien c'est tres-bien!  
Cela peut te conduire a tout.

Scribe, *Robert le Diable*, acte III.

---

Este consejo perverso, dado por el genio del mal, expresa una verdad incontestable. Sí! las bebidas alcohólicas arrastran á toda especie de mal, esto es, al físico, al intelectual y al moral!

La gravedad de estos efectos, ignorada de ordinario por la generalidad de los hombres y muy imperfectamente apreciada por los médicos, debe, sin embargo, ser exactamente conocida por todo individuo, sea cual fuere la clase á que pertenezca en la sociedad. ¡Ojalá que este escrito difundiera una luz suficiente, á la vez que saludable, sobre un agente tóxico cuyos estragos van creciendo constantemente, sin dudar porque se ignora á cuánto se expone quien usa de él!

Digo *quien usa de él*, y tengo mi razón para ello; pues antes de tratar de los efectos desastrosos producidos por el abuso de las bebidas alcohólicas, comenzaré por señalar el peligro que corre todo imprudente que se entrega sin desconfianza al uso habitual de ellas. Hélo aquí:—El uso frecuente de bebidas alcohólicas ó muy alcoholizadas produce de continuo, al cabo de algún tiempo, una necesidad fatal é irresistible, que impele hacia el abuso de tales bebidas, incitando á tomarlas con exceso

y á ir aumentando gradualmente el exceso mismo. Esta necesidad maldita, contra cuya satisfacción acaba la voluntad por ser impotente, (tan enérgica es la acción del tereba que el alcohol ejerce sobre el cerebro); este impulso contra el cual la razón carece ya de poder en un momento dado, pertenece á aquella especie de locura que Esquirol ha caracterizado perfectamente, denominándola *lesión de la voluntad*. Tratándose de las bebidas, esta necesidad invencible ha recibido el nombre de *dyspepsia*. De ella ha provenido aquel refrán comú: *el que ha bebido beberá*; y la impotencia de las buenas resoluciones que se hacen para vencerla, ha dado también origen á esta otra frase proverbial: *juramento de borracho*, es decir, juramento que jamás se cumple.

Las personas que á consecuencia de la bebida vienen á ser *dyspepsicas*, ni aun llegan á notarlo. Como el primer efecto del licor es causar alegría, producir una especie de bienestar, infundir en el ánimo un sentimiento de poder y de fuerza propia, comunicar á la imaginación cierto grado de fecundidad, dichas personas no sospechan siquiera que se hallan en un grave peligro, y se ríen de los consejos que se les dan. "Oh! dicen ellas, nuestra salud es inmejorable, los temores de ustedes son muy infundados! Y si no fuera así, dejaremos de beber luego que nos sobrevengan esos males con que ustedes nos amenazan". Error! fatal error! pues, cuando notes los primeros síntomas del mal, ya no les será posible remediarlo.

No todos los bebedores llegan á ser *dyspepsicos*: hay que suelen contenerse dentro de ciertos límites; de modo que no es manifiesta en ellos la necesidad de un ordinario abuso de las bebidas alcohólicas y la de ir aumentando sucesivamente la dosis. Cierta es que experimentan, como todos los demás, el influjo deletéreo del tósigo; pero no llegan hasta la *dyspepsia*. Otras personas hay que pueden suspender el uso que hacen del licor; porque los dolores é incomodidades que sufren á veces en algunos órganos más afectados que su cerebro, les obligan á privarse de la bebida, á la cual renuncian efectivamente, por poner término á tales padecimientos.

La funesta inclinación al abuso de las bebidas alcohó-

esta, dimanada del uso mismo de ellas, ha sido reconocida por numerosos miembros de la corporación médica. Las dos citas que vamos á hacer darán una idea exacta de las quejas que ha suscitado el hábito de tomar veneno tan detestable.

“De quince años acá, dice el Doctor Legrand du Saule, hay en las grandes poblaciones, principalmente en París, y en Argelia, un alarmante consumo de agénjo. Todas las clases de la sociedad han aceptado, con un entusiasmo inexplicable, el uso de esta extraña bebida. Hay indudablemente en esto una fatalidad semejante á la que en China hace tan popular el opio. Si, en un día de verano, se pasea uno, entre las cuatro y seis de la tarde, á lo largo de los *boulevards*, se admira, desde luego, de ver la innumerable cantidad de vasos de agénjo que se despachan por menor, sobre esas pequeñas mesas redondas que obstruyen las aceras. ¡Cuántos individuos concurren imprudentemente á estos lugares! En ellos puede decirse que se empozoña todo París. Los literatos y los artistas pagan el mayor tributo al agénjo, y, cuando, en nombre de la higiene, dirige un médico alguna amonestación á estos hombres de tan buena inteligencia, ¿qué es lo que le responden? “¿Conque ignoráis, le dicen, el placer que se experimenta mirando las ondulaciones caprichosas del agua, que toma primero un color verdoso y blanquea después, cayendo en el fondo del vaso? Las plantas aromáticas despiden su perfume para nosotros, y, desde los primeros tragos, sentimos que una sensación indefinible se señora de todo nuestro sér. Parece que nuestro organismo adquiere una actividad nueva. Un mundo de ideas se levanta en nuestro interior, se condensa, se desborda. La imaginación crea en tales momentos sus encantadoras quimeras, y es muy común que, bajo la influencia de este poderoso estimulante, nazcan las más portentosas creaciones de la literatura y de las artes”.—Oh! cuántos hombres se deslizan en tan funesta pendiente! Cuántos, incapaces de domar la pasión que les avasalla, corren cada día á buscar nuevas excitaciones, que van siéndoles cada vez más indispensables, á medida que el cerebro contrae el hábito de no concebir nada sin el estímulo de ellas. La



traidora costumbre les obliga á ir aumentando progresivamente la dosis del veneno, á fin de mantener en el mismo grado la sensación de complacencia. Poco á poco la dificultad de trabajar sucede á la energía anterior del entendimiento, y llega un instante, por último, en que el torpe yugo de la estupidez reemplaza á la transitoria alegría, al entusiasmo y al genio”.

“Donde quiera que ha llegado á dominar este vicio, dice el doctor Jolly, aludiendo al uso de las mismas bebidas, tiende á multiplicarse el número de sus víctimas. La porque una ley fisiológica cuyo imperio es mayor que cuantas pudieran oponérsele, propende á conservarlo con todos sus deplorables efectos. Esta ley es la de la costumbre, que ha tenido su principio en la mera satisfacción de una curiosidad, ha continuado estableciéndose después por un vano sentimiento de amor propio, por una pueril condescendencia y por otras causas sumamente fútiles, ha ido arraigándose en virtud del ocio, se ha fortificado con el ejercicio constante y se ha perpetuado, en fin, de suyo, hasta convertirse en una pasión, más irresistible y tenaz que las mismas necesidades naturales. He aquí todo el secreto, la explicación toda de este envenenamiento público, cuyos resultados son tan funestos. Conviene saber, además, que el hábito de la embriaguez no es sólo el más degradante, sino también el más rebelde de todos. El desgraciado que lo ha contraído, basta el aislamiento ó la compañía de gente perdida y es casi imposible que se reforme. Tiene que ser arrastrado por su triste destino, abandonarse á vicios de toda especie, pasar por todos los grados de la desmoralización, hasta llegar al término fatal”.

Debemos, pues, tomar seriamente en consideración esta circunstancia importante: la acción continua del alcohol sobre el cerebro produce gradualmente, en un gran número de individuos, una necesidad imperiosa, invencible, de seguir tomándolo. No nos engañe la vana ilusión de que el bebedor se corregirá por sí propio, cuando llegue á sentir esta necesidad: *le es imposible hacerlo, aunque lo desea con ansia*. No puede salvarse en tal situación sino mediante el socorro ajeno, socorro de que trataré un poco más tarde. Sin este auxilio seguirá en-

resoludose y acabará por sucumbir, después de haber sido, durante un tiempo más ó menos largo, un objeto de piedad pública, una fuente de miseria para su familia y, continuamente, una grave causa de peligro para cuando se le acercan.

Después de haber hecho ver que el uso de las bebidas alcohólicas conduce á muchísimos individuos al abuso de los mismos, á consecuencia de esta mala necesidad, que tiene á ser ineludible, voy á hablar de los diferentes efectos que provienen de dicho abuso. Tales efectos se hacen sentir igualmente sobre el organismo y sobre las facultades intelectuales; mas como este escrito no va particularmente destinado á los médicos, trataré más bien extensamente acerca de los estragos que la bebida causa en el orden intelectual y moral, y no mencionaré otros deterioros corporales que aquellos cuyo conocimiento es absolutamente necesario y puede adquirirse fácilmente por cualquiera.

### **Acción de las bebidas alcohólicas sobre las facultades del alma.**

*Tomadas en pequeña dosis* y por personas que no han contraído el hábito de beber, ó que lo han contraído poco tiempo há, producen simplemente las bebidas alcohólicas una excitación de las facultades intelectuales y morales.

En cuanto á las intelectuales, el pensamiento viene á ser más activo, más rápido. Hoffman no recibía las inspiraciones de su brillante imaginación, sino bajo el influjo de la excitación cerebral ocasionada por la cerveza. Yo he conocido un joven que no trabajaba fácilmente, sino después de haber tomado dos pequeños vasos de cognac. Bajo la influencia de este líquido, escribía, en muy poco tiempo, una correspondencia mercantil sumamente extensa, en francés, en inglés y en alemán. Él me confesaba que, sin excitación facticia, era incapaz de hacer aquello mismo tan pronto y tan bien. Dionisio de Halicarnaso cuenta que Alceo, célebre poeta de

Lesbos necesitaba hallarse excitado por la intemperancia, para producir obras notables. Sólo en una especie de embriaguez las componía tales, que admiraban á sus contemporáneos. A pesar de estas ventajas momentáneas, un hombre cuerdo no se abeerará nunca en la impuro fuente del alcohol; porque este agente pernicioso agota, destruye, poco á poco, esa misma inteligencia que él hace lucir con mayor brillo por algunos instantes. Un sujeto como él buscará más bien la excitación ligera de que necesita, en el uso del café, que no ofrece ningún peligro.

Las facultades morales, los varios sentimientos, buenos ó malos, las pasiones, los instintos, en una palabra, que caracterizan al individuo, se manifiestan más vivos y enérgicos, después que éste ha tomado ocasionalmente una dosis ligera de alcohol, y como le dominan más fácilmente, se dan á conocer sin reserva. El hombre viene á ser comunicativo, dice sin recelo todo lo que piensa, comete no pocas indiscreciones; porque ya no le refrenan la prudencia ni el temor. Esas indiscreciones contienen de ordinario ciertas verdades; de aquí ha nacido el proverbio: *In vino veritas*. Las malas pasiones, estimuladas por este primer grado de la acción alcohólica, son mucho más peligrosas de lo que suelen ser; á causa de la facilidad con que se apoderan del espíritu del bebedor. Sin embargo, los sentimientos que le dominan más frecuentemente son: la benevolencia, la alegría, la generosidad, la ambición, la confianza; ¡relámpago engañador, al cual, si el veneno es absorbido en mayor dosis, sucederán en breve las tinieblas ó la tempestad!

*Tomadas en cantidad más abundante*, sobre todo de un modo habitual, producen las bebidas alcohólicas efectos sumamente distintos.

A veces aniquilan ellas, más ó menos las facultades del espíritu y la actividad del cuerpo. La inteligencia se embota, la percepción se obtusa, las ideas son incoherentes, la memoria se extingue, la facultad de ligar las ideas se suspende, todo raciocinio es imposible. Los sentimientos, las facultades morales, desaparecen; los movimientos del cuerpo se dificultan y no pueden coordinarse

de modo que produzcan el resultado que se desea. La palabra es entrecortada, la pronunciación es imperfecta y el paso vacilante. Cuando tal estado sube de punto, el bebedor cae en un sueño apoplético, y tendido en el lugar en donde le ha sorprendido el aniquilamiento de su ser, ofrece el repugnante aspecto de un animal inmundo. Un estado como éste es conocido de todos, y aun se supone que es el único en que vienen á terminar los excesos alcohólicos; pero esta creencia es errónea.

Hay ocasiones en que las bebidas, lejos de narcotizar por completo, de aniquilar la actividad del hombre, vienen á ser un agente de perversión moral y de excitación general. Esta forma de envenenamiento alcohólico es ignorada por el público y aún muy mal apreciada por la mayor parte de los legistas, de los magistrados y de los médicos; á pesar de que debiera ser exactamente conocida, porque durante esta perversión moral, dirélo mejor, *ritalocura*, es cuando el bebedor viene á ser más peligroso para sí mismo y para los que se le aproximan. El engaño de todos á este respecto dimana de que la idea que se tiene de la embriaguez en su más alto grado, es la de un embrutecimiento absoluto; mientras que, en el estado sobre el cual llamo yo la atención del lector, la inteligencia conserva casi toda su energía habitual, y el cuerpo, en vez de haber perdido su vigor, adquiere no pocas ocasiones una fuerza extraordinaria. Conviene, pues, guardarse con sumo cuidado de aquellos individuos que beben con exceso sin caer en la postración que otros; porque si ellos no pierden las fuerzas corporales, pierden muy frecuentemente la razón y permanecen de ordinario en un estado violento y peligroso. Esta forma de envenenamiento alcohólico, dejando casi en su sér la inteligencia y los movimientos corporales, ataca especialmente la parte moral. Está caracterizada por un cambio absoluto en los elementos morales del espíritu. *Los buenos instintos desaparecen* y son reemplazados, del mismo modo que en una persona enferma, por las pasiones más extrañas, caprichosas, malas ó violentas. Y como estas no son combatidas en la conciencia del ebrio, por los sentimientos morales, y principalmente por el del bien y del mal, momentáneamente extinguidos, se ensañan del

ñimo, reinan en él sin rival é impeten al bebedor á los mayores extravíos, á grandes atentados, á verdaderos crímenes. Ejecuta él estos actos en circunstancias en que todos sus pensamientos, sus deseos todos, le inducen á ello, sin que sentimiento alguno moral le retrajese decir, cuando se encuentra dominado, absorbido, por sus malos sentimientos ó carece de razón y de libertad moral. Los elementos esenciales de esta razón, de esta libertad, se encuentran en la conciencia moral, que él ha perdido por entonces, á consecuencia de la acción déstérrica que el alcohol ha ejercido en su cerebro. Tal es el camino grave, peligroso y casi desconocido que este veneno causa en la moral del hombre. Creo que unos pocos ejemplos bastarán para demostrar la realidad de estos dos funestísimos efectos del alcohol: 1º el aniquilamiento, ya del sentido moral, que nos da la noción del deber y nos manifiesta la obligación que tenemos de repeler los malos impulsos, ya de los sentimientos menos nobles, como el del interés ó el del temor, que nos mueven á obrar en el mismo sentido; 2º la excitación de las pasiones desordenadas, de los deseos criminales, absurdos, que, faltando el sentido moral, no tienen freno que los contenga. Los ejemplos que voy á dar son tomados simplemente de entre los muchos que suministran los periódicos, en materia de atentados provenientes de la embriaguez. Ellos manifiestan á toda luz aquel estado anormal del espíritu que constituye la *locura moral*. En esta especie de locura, las facultades intelectuales, la percepción, la memoria y aquella aptitud reflexiva por la cual podemos establecer la relación de las ideas, ligarlas entre sí, esto es, raciocinar, subsisten casi sin alteración, y conservan su actividad ordinaria; pero no funcionan sino bajo la dirección de los malos sentimientos, que subyugan totalmente el espíritu; no obran sino en provecho de las inspiraciones inmorales, desarregladas, extravagantes, en una palabra, del extravío y de la locura.

Celebrábase en una ciudad de la Bretaña una fiesta anual, llamada en el país *la asamblea de los garrulatos*, porque nunca terminaba el día sin que surgiese entre los del concurso, excitados por el abuso del *cidera* ó del

*guardiente*, multitud de disputas y rencillas, en que el *hustón* desempeñaba el principal de los papeles. Sobre la banca que hacia el servicio de la una ribera á la otra de un río, se encontraban dos artesanos en estado de embriaguez. *A*, que con dificultad se sostenia sobre sus piernas, se hace casualmente del vestido de *B* y lo rasga. El segundo se pone furioso. Las excusas que le da su compañero y la mujer de éste, y aun el ofrecimiento de una indemnización pecuniaria, no bastan para apaciguarle. A tiempo de desembarcar, desenvaina impudicamente su cuchillo y lo sepulta en el pecho de *A*, que espira en el acto.—Nótese en este suceso los dos estados que produce el alcohol: en *A* una pérdida de fuerzas físicas; en *B* una excitación de los peores sentimientos y un inexplicable furor, provocado por la causa más fútil.

Tres amigos bebían en una taberna. Suscitase un altercado entre ellos y el tabernero, á propósito de una tajada de queso servida por éste. Amenazan al infeliz, empuñando cual una botella, cual un cuchillo. Sin embargo, cálmase todos, mediante la intervención de algunas personas. Pasan unos pocos instantes y de repente los tres ebrios se precipitan sobre el desgraciado, le empujan hacia fuera y le traen al suelo. Dos de ellos le oprimen fuertemente y el tercero le hunde el cuchillo en la garganta. Un criado, que intentaba socorrer á la víctima, queda también gravemente herido.

Los dos ejemplos anteriores dan á conocer cómo ejecutan la mayor parte de sus atentados los sujetos que toman ocasionalmente bebidas alcohólicas, es decir, que no las toman de un modo continuo, haciendo de ella un abuso diario. Si tales atentados no consisten siempre en asesinatos ó otros grandes crímenes, se reducen, al menos, á pendencias, golpes, heridas, &c. Pero ¿qué es lo que se observa en los bebedores que los cometen? No ciertamente el aniquilamiento de las fuerzas del cuerpo y del espíritu; pues sus movimientos son coordinados y enérgicos, su vigor físico es exagerado aún; tienen la palabra clara, el tono de voz altivo, el pensamiento en acción, el discurso lógico, en cuanto á lo que se proponen. Lo único que pasa es, que ese mismo pensamiento, extraviado por la

influencia alcohólica, en lugar de ser entonces un elemento de razón, no concibe sino intentos criminales ó locos, extravagancias y absurdos, que al ebrio no le parecen tales, pero que no por ello dejan de ser actos de una verdadera locura. La naturaleza moral del individuo ha cambiado, pues, totalmente. El bebedor ha venido á ser irascible, colérico, atronado. Causas en el todo débiles, que no influirían sobre su carácter en el estado normal, le exasperan, é incitan en su corazón las pasiones más perniciosas, como el odio, la venganza, la violencia &c. No hay sentimiento moral que refrene estas pasiones, y el ebrio se transforma en esclavo de ellas; pues son las directoras de su deseo y las dueñas de su voluntad. El sentimiento del bien y del mal, el sentimiento religioso, la compasión, la benevolencia, el decoro, no existen para él. Aun aquellos otros sentimientos que pudiéramos llamar egoístas, como el interés y el temor del castigo, han sido aniquilados, por los malos instintos, que surgieron impetuosos y vehementes. Si las buenas inclinaciones, antagonistas de las perversas, mantuviesen su actividad ordinaria en el ánimo del ebrio, es indudable que ellas triunfarían de los deseos criminales é impedirían los atentados á que estos deseos le conducen. Mas no sucede así; ninguna fuerza moral repele los designios criminales; ninguna lucha tiene lugar en el corazón de aquel. Su estado es, pues, realmente el de un extravío moral, el de una locura.

Si el alcohol puede hacer que las pasiones desordenadas esclavicen el espíritu, en los individuos dotados de buenos sentimientos, mayor razón hay para que produzca esta esclavitud, cuando tales sentimientos son débiles, por naturaleza ó por falta de educación, ó cuando son absolutamente nulos, por una monstruosidad moral congénita, y las malas pasiones tienen una grande actividad natural. Con este conocimiento exacto del estado anormal del espíritu en los alcoholizados, se comprenderá por qué la embriaguez ocasiona un número tan grande de actos extravagantes, desatinados, opuestos á la moral y aun criminales. Si nada hubiese cambiado en el bebedor, es evidente que no cometería él tales faltas, y ojalá que fuese así.

El vino y otras bebidas alcohólicas no infunden alegría sino en el ánimo de las personas que las toman en pequeña cantidad y que no abusan de ellas por hábito. En dosis mayor producen siempre el embrutecimiento, ó la perversión y excitación del sentido moral. Por lo que toca á los bebedores de profesión, el vino, aun en corta dosis, no les causa alegría: en cantidad considerable, les inspira abatimiento y tristeza, ideas sombrías, lúgubres, acompañadas á veces de alucinación ó delirio, durante el cual se les presentan imágenes horribles. Este es el fenómeno que se observaba en un mecánico llamado Herman. Cuantas veces se embriagaba, no veía sino el peor lado de las cosas; miraba con odio y terror á la especie humana; la existencia le parecía un fardo y muy en breve se encontraba atormentado por una horrorosa pesadilla. A pesar de todo esto, cada sábado, día en que recibía el jornal, venía ebrio á su casa. Su mujer padecía tanto á consecuencia de esta detestable costumbre, que en muchas ocasiones se había separado del domicilio conyugal para refugiarse en casa de sus padres. Un sábado vino el hombre en tal grado de excitación, que al entrar destrozó, sin decir una palabra, cuanto halló delante de sí. Aterrada de verle comenzar de este modo, hayó la pobre muchacha á su asilo ordinario. Siempre que hacia esto, tenía la seguridad de que, al cabo de dos dias, había de venir su marido á pedirle perdón y rogarle que volviese á casa; mas en esta última vez transcurrieron muchos dias, sin que sucediese lo propio. Volvió, pues, inquieta á su habitación, acordándose del hastío con que su esposo miraba la vida, durante la embriaguez. Encontróle, efectivamente, muerto. Se había asfixiado con carbón.—Es necesario que la sed de beber llegue á ser irresistible, por el influjo de la costumbre, para que los ebrios la satisfagan, á pesar de la perspectiva de esa tristeza profunda, de esa verdadera desesperación, que la embriaguez va á cansarles!

Cierto joven jornalero, que llevaba cuatro meses de casado, se dejó conducir á una taberna. Era la primera vez que bebía después de su matrimonio. Regresó, pues, á su casa en un estado de excitación violenta. *“No estaba ebrio, dice el escritor que refiere el suceso;*



pero tenía todo el sistema nervioso extraordinariamente conmovido". Su mujer y su suegro le instaron que se acostase, mas él no quiso hacerlo y empezó á pasearse en la habitación, profiriendo algunos juramentos entre dientes. De improviso saca un puñal, se clava en el pecho sin el menor motivo ni provocación, y cae muerto. Hátese en este caso que el periodista que hace la narración del hecho, asegurando que el suicida no estaba embriagado, desconocía el peor género de embriaguez, es decir, aquel en que el sentido moral se excita demasiado y pervierte, conservando el organismo su vigor y fuerza ordinarios. Se verificó, pues, un cambio absoluto en los sentimientos de ese joven; las pasiones violentas dominaron en su espíritu y, sofocando las buenas inclinaciones, le impelieron á ejecutar aquel acto de horrible desfachato con que terminó sus días, sin que ningún sentimiento moral, ningún elemento de razón, surgiesen á combatir el funesto designio, provocado por la bebida. — ¿Qué es esto, sino *locura moral*?

Las extravagancias criminales á que induce el alcohol son de lo más variado. Aunque las publicaciones diarias suministran numerosos ejemplos de ellas, me parece conveniente citar todavía algunos casos más, á fin de que el lector quede firmemente convencido de que un extravío de la razón, una locura propiamente tal, preside á la ejecución de semejantes hechos, y que el simple buen sentido, aquello que se llama sentido común, la razón más reclamentaria, no contrarrestan jamás en el espíritu del ebrio las ideas y las resoluciones desatinadas.

Preséntase de repente una mujer ebria en un hospital de Londres. Faltábale una de las manos. «Ah! exclama ella, qué memoria la mía! he dejado mi mano en casa! Os aseguro que era una mano muy hermosa. Me la he cortado esta mañana y venía á preguntaros si había cómo volvérmela á colocar". La desventurada se la había cortado realmente, en un acceso de embriaguez, que le duraba aún. Fué indispensable hacer la amputación del antebrazo.

Un individuo de edad de veintiseis años, había pasado dos días en andar con un amigo jugando de taberna en taberna. Al terminar el día segundo, después de copio-

de libaciones, levántase inopinadamente y dice á su camarada: "Vas á ver lo que hago", é inmediatamente se aleja la garganta con un cuchillo.

Dos jóvenes iban, al parecer, de paseo, riendo y cantando. A juzgar por su alegría bulliciosa, era de creer que partiesen con algún motivo de diversión ó recreo, y no con el de quitarse la vida. Tal era, sin embargo, el designio que llevaban, excitados por una embriaguez de dos días. Buscaban un lugar solitario para realizar su proyecto. Así que llegaron á un paraje desierto y silencioso, probaron sus pistólas en los árboles vecinos. Hallándolas corrientes, disparó uno de ellos sobre el otro, que cayó oxímune; en seguida se saltó la tapa de las sesos.—En este trágico acontecimiento se observa también que las fuerzas físicas se hallaban en su vigor, que la inteligencia y el discurso no habían sufrido alteración alguna; pero que existía una grande perversión moral. Los buenos sentimientos, en el todo paralizados, habían sido sustituidos por sentimientos monstruosos, que, ensañandose del pensamiento, lo dirigieron á un extraño fin. Cuatro discípulos de Baco celebraban la fiesta de *san Juan*, y habían vaciado algunas botellas. Uno de ellos tuvo la estrafalaria ocurrencia de proponer que se ahorcase al más ebrio de la reunión. Todos adoptaron inmediatamente el proyecto. Recibida que fué la votación se colocó un clavo en la pared y se colgó inmediatamente al designado. Balanceábase el infeliz en los aires con gran contento de sus amigos, que daban rienda suelta á su hilaridad, al ver las horribles gesticulaciones de aquél. Habríase consumado la ejecución, á no entrar oportunamente el dueño de la casa. Cortó éste la cuerda fatal y salvó á la víctima, no sin que sufriese ella algunas contusiones, al caer en el suelo.

Los dos sucesos últimos manifiestan la facilidad con que las personas excitadas por el alcohol aceptan las proposiciones más extravagantes. Concibe un ebrio el pensamiento de matarse, y es inmediatamente apoyado por el que le acompaña; arbitranse los medios y el mal designio se ejecuta. El proyecto de ahorcar al más alcoholizado de los cuatro es aprobado igualmente por todos éstos, y la ejecución no se hace esperar. Hechos

de este jaez son harto frecuentes en las reuniones de los bebedores. Propone uno de ellos una apuesta peligrosa, una broma imprudente, una violencia contra alguno, y su proposición es acogida sin reparo por los restantes, aunque pugne con los sentimientos y los hábitos de estos últimos. Y por qué? Porque tales sentimientos y hábitos están interrumpidos en su acción por la del alcohol. ¿Cabe que se dude de ello?

Si el licor, tomado ocasionalmente, causa estragos tan deplorables en la naturaleza moral del hombre, con más razón ha de ocasionarlos en la de aquellos individuos que, por un abuso inveterado, viven diariamente bajo la letal influencia del veneno. Dos ejemplos serán bastantes para demostrarlo.

Cierto individuo, entregado al uso de los licores alcohólicos y, sobre todo, al del agénjo, de que abusaba todos los días, solía maltratar habitualmente á su mujer y á su hijo; gustaba todo el dinero que adquiría mediante su trabajo, invirtiéndolo en la bebida y en la disolución; de modo que su familia vino á quedar en la miseria, lo que sucede ordinariamente cuando el jefe de la casa se entrega á la embriaguez. Durante uno de los accesos que le acometían, dió de golpes é hirió á su padre, y fue arrestado por la policía. Sustraido en la cárcel á la acción deletérea del alcohol, restableciósele la razón natural, representada por los instintos morales; desapareciendo, mediante la supresión del uso de los líquidos, la locura moral, manifestada por las pasiones que ellos habían excitado en su espíritu. La carta siguiente, que él escribió al procurador general, denota un cambio feliz en los sentimientos que antes había manifestado: "Si el pesar que yo tengo de haber cometido semejante falta, (decía él) la pudiera reparar, si los remedios que me atormentan pudiesen atenuar siquiera mi crimen, ya que no granjearme el perdón, podría tener alguna confianza en la clemencia del Tribunal. Jamás se me ha ocurrido la idea de que yo habría de cometer un día el delito de maltratar á mi padre, y, sin embargo, lo he cometido, ¡ay de mí! Merezco, pues, un grave castigo, y lo sufrí con humildad; pero lo juro por lo más sagrado, no recuerdo cosa alguna de las

me han sucedido. Me hallaba ebrio, y en éste deplorable estado, era un verdadero loco. Hoy pido desde lo más profundo de mi corazón, que me perdone generosamente este padre á quien he ofendido de un modo tan criminal. Su indulgencia me servirá de consuelo, para sufrir el castigo que espero, y si place á Dios que yo tenga mejor porvenir, protesto seguir el camino de la honradez, que no he debido dejar nunca". En este acontecimiento se notan dos circunstancias importantes: 1.º Las bebidas alcohólicas, tomadas diaria y excesivamente, no atacaron en este ebrio más que las facultades morales; las fuerzas físicas quedaron intactas. El manifiesto aun más, un aumento de energía, estrechando á su padre fuertemente y luchando con las personas que intentaron de interponerse. Mientras se encontraba este individuo bajo las influencias del alcohol, no sólo estaba animado de las pasiones más desordenadas, sino que había perdido también todos los buenos sentimientos. Sin embargo, estos no se hallaban más que paralizados, suspensos, no aniquilados; pues, una vez sustraído el hombre del influjo del veneno, renacieron dichos sentimientos en él, y vivamente estimulados por la noticia de los actos criminales ejecutados cuando ellos faltaban, dieron por resultado, desde su reaparición, el pesar y el remordimiento; 2.º Este ebrio aseguró que estaba ignorante de las gravísimas faltas de que se le acusaba. Pudiera tomarse esta declaración como una disculpa escogitada por él; mas es indudable que ciertos alcoholizados no conservan la menor reminiscencia de los actos más graves que han ocurrido durante su embriaguez. El veneno ataca de tal modo las facultades morales, ataca igualmente en estos casos las intelectuales. La percepción es torpe; pues todo lo que pasa impresiona apenas el espíritu. La memoria, debilitada también, no puede conservar las efímeras concepciones del entendimiento. Las fuerzas físicas son las únicas que no decaen; por el contrario, se acrecientan con la excitación alcohólica. Por lo demás los ebrios que se encuentran en este caso proceden de buena fe, porque no niegan que son los autores de las faltas que se les imputa, y se limitan solamente á sostener que no tienen reminiscencia

de ellas. Los hechos de esta especie son tan numerosos, que deben tenerse por reales. Ellos atestiguan las graves desórdenes que el alcohol causa sobre las facultades del espíritu. Entre varios casos de un olvido semejante, citaremos el que sigue, referido por la historia. —El francés Villebois, hallándose actualmente ebrio, recibió del Czar Pedro de Rusia, á cuyo servicio estaba, el encargo de llevar un mensaje á la Czarina. Encontró base ésta en su lecho, y en el momento que el mensaje fué introducido, se retiraron las damas de la princesa. A vista de una mujer bella y joven, concibió el torpe designio de violentarla. Encerrado á consecuencia de ello, en un calabozo, durmió hasta que cesase la acción del alcohol. Una vez despierto, no tenía recuerdo alguno de lo que había pasado.

He aquí un caso más de olvido, de que no puede darse. —Cierta jornalero había recibido de una botella de licor tal excitación alcohólica, que le hacía entrever todas las miserias y lástimas de la vida. Trató, pues, de librarse de ellas sin más tardanza. Provisto de una cuerda, se encaramó sobre un árbol, y á la luz de una bujía, procedió á disponer el lazo. Atólo fuertemente á una rama del árbol, preparó el nudo córcodizo, introdujo la cabeza y se lanzó á la eternidad. Felizmente se desgajó la rama y el infornnado cayó en tierra, donde fué socorrido por un transeunte, que le quitó la cuerda. Llevado después á un cuerpo de guardia, se quedó dormido, y cuando se despertó, no pudo referir nada de lo que había sucedido. Decía únicamente que la embriaguez le había enloquecido sin duda; pero se felicitaba sinceramente de haberse salvado.

Esta pequeña digresión sobre el olvido de los hechos, por graves que sean, acontecidos durante un acceso de embriaguez, no debe influir en que también nosotros olvidemos que estamos en el deber de aducir un segundo ejemplo de perversión moral causada por el abuso continuo del alcohol.

Un hombre de treinta y seis años, pidió la mano de cierta joven. En esta época se hallaba consagrado á la bebida y vivía desarregladamente; por lo cual, procuraron los padres de aquella impedir á toda costa el matrimonio,

Sin embargo, éste se verificó. La reputación del novio era respetable, y todos se condolían de la suerte de su mujer. En efecto, tuvo que llevar una vida de sufrimientos y disgustos que terminó trágicamente. La desgraciada era de una conducta irreprochable, de índole mansa y humilde; no se atrevía á quejarse de sus padecimientos y lamentaba su infortunio, á pesar de que su esposo la maltrataba más gravemente cada día, no trabajaba nunca, estaba siempre ebrio y malbarataba sus bienes, para gastar el producto de ellos en las tabernas y en los lupanares. Conocía que su mujer, debilitada por una enfermedad al pecho, no podía trabajar y sin embargo no tenía piedad con ella ni la más pequeña compasión. Dudaba de su fidelidad, repitiendo incesantemente que le había infundido á este respecto. Como los sentimientos de él habían pervertidos por la acción del licor, juzgaba de la conducta de los otros por la suya: infiel á su mujer, él suponía semejante á él. Descaba separarse de la población en que vivía; pero la infeliz había manifestado la determinación de no seguirlo. Esta resolución aumentó su cólera contra ella y le sugirió el proyecto de asesinarla. Una tarde, antes de acostarse, le dijo que hiciera el acto de contrición, pero esta noche pasó sin novedad. Por la mañana siguiente se despertó la desgraciada muy temprano, y él volvió á intimarle que hiciera el acto de contrición. En seguida le dió de puñaladas y la dejó muerta. Vistióse luego después, se lavó las manos y partió á la ciudad vecina. Tenía un aire somnoliento y taciturno y á nadie saludaba. Continuó en una posada del camino, se desayunó y volvió á beber. Una vez llegado á la ciudad, entró en una fonda y siguió bebiendo. Hallábase agitado y se paseaba hablando consigo mismo. "Me han atormentado estos infames, decía; es necesario que yo lo publique". Se le hicieron algunas preguntas por el dueño del establecimiento; mas él respondió al principio con ciertas evasivas, hasta que al fin declaró que había muerto á su mujer, porque ella y sus padres le habían atormentado, procurando impedir que dejase la población, en la cual quería permanecer su esposa, por no separarse de dichos sus padres. Dió igual cuenta de su crimen á los agentes de policía que lo

arrestaron. Repitió la narración ante el cadáver de la mujer, sin demostrar el menor arrepentimiento, el más pequeño pesar, y acusando siempre á la infeliz de que le había sido infiel. Llevado ante el Tribunal, después que había cesado ya en él la fatal influencia del alcohol, su actitud fué enteramente diversa: "inclinó la cabeza sobre el pecho, derramó lágrimas y dijo con resignación profunda: "Haced de mí lo que queráis: el diablo me había tomado de su cuenta y Dios me había abandonado!" Añadió también que si pudiese volver á comenzar, no cometería tan enorme crimen, y que cuando vino sinó á su esposa, no estaba en sí. Este hombre no había sido en las épocas anteriores tál como se manifestó durante la intoxicación alcohólica continua. Aunque esta circunstancia no conste en la narración de "El Torcón", que es el periódico que refiere el caso, tenemos el tudumbre de ella, por el hecho de que habiendo cesado la acción alcohólica, vuelve aquel á su estado natural y se muestra tál como debía ser antes de haberse dado á la bebida, es decir, persona de buenos sentimientos. Quien sabe que ha cometido una acción detestable, comprende que, á tiempo de cometerla, se hallaba en un estado mental completamente diverso de aquel en que se encontraba actualmente, y por eso dice: "No estaba en mí, el diablo me había tomado de su cuenta y Dios me había abandonado!" Esta observación demuestra que es necesario tomar por lo que es en sí la locomoción moral de que son atacados los individuos que se abandonan á la bebida y abusan constantemente del licor, siendo irresistiblemente arrastrados á ello por una locura, esto es, por una necesidad maldita, por la *syndromia*. Estos infelices doblemente enagenados y en extremo peligrosos, no pueden curarse sino con la precisa condición de que jamás lleven á sus labios una sola gota del veneno que les ha sido tan funesto; y como ellos no pueden abstenerse por sí mismos, no les queda otra esperanza de salud que un encierro prolongado en una casa de asilo.

No debe pasar inadvertida una circunstancia muy importante, de que es menester hacerse cargo; circunstancia que ha ocurrido en el caso presente y que ser ob-

caso muy de ordinario en la locura alcohólica de los maridos ébrios: véla aquí. Cuando la esposa, abrumada por los pesares, reducida á la última indigencia, amargada y maltratada, resuelve alejarse de su verdugo; cuando elle rehusa seguirle en su vida vagabunda, ó cuando se hace una separación legal, entonces sucede que esta mujer es cruelmente asesinada. Esa época es la más peligrosa para ella. El estudio hecho por mí de este maridaje conyugal en la *Gacette des Tribunaux* y en el *Journal*, no me deja duda alguna á este respecto. Así, pues, la mujer habitualmente maltratada que proyecta una separación, debe ponerse al abrigo del furor de su esposo, antes de revelarle las intenciones. Y ¿cuál puede ser la causa que precipita al bebedor en el crimen, cuando conoce los designios de su mujer? ¿Es el celo ó la desesperación causados por un resto de cariño, ó el deseo de vengarse de su abandono? Notadlo; no son esos los móviles que le impulsan. El motivo que le incita al crimen es aún más extraño. He dicho ya que el alcohol fomenta en el espíritu del ébrio las peores pasiones, y entre estas descuelga la de atormentar, de cometer violencias; mas como solo la esposa y los hijos pueden ser víctimas indefensas de los excesos de aquel, en ellos se satisface esta cruel pasión, especialmente cuando la suavidad de la índole de los mismos les impide resistir el maltrato. La perspectiva de no tener en lo futuro un paciente cómodo, sobre quien desahogar su cólera, exaspera al bebedor y le hace meditar en el crimen. El desequilibrio no encuentra sentimiento alguno moral que lo impugne, y el desgraciado lo ejecuta sin pesar ni remordimiento en los primeros instantes de su excitación ó lo hace fría y tranquilamente.

El alcohol es un agente tan peligroso para el cerebro, por consiguiente para las facultades del espíritu, reveladas por medio de este órgano, que puede producir la locura en todas sus formas. Aunque este escrito no vaya especialmente destinado á la corporación médica, debo hablar aquí de este hecho importante y aun demostrarlo, á fin de que se conozca toda la extensión del mal que puede causar el alcohol.

La locura alegre, comunicativa, ambiciosa, que se ob-



serva en el período de la parálisis general, es producido por el alcohol en las personas que, no siendo habitualmente bebedoras y no habiendo tomado una dosis considerable, experimentan sólo sentimientos alegres y tienen á ser expansivas, generosas é indiscretas. Los sentimientos exagerados dominan enteramente el espíritu, y como falta la razón, no hay contrapeso alguno. Así es que tales persona cometen diversas faltas, de que suelen arrepentirse, tan luego como la embriaguez ha cesado.

Las pasiones tristes y depresivas de la *Dysmanía* se apoderan siempre del ánimo del bebedor cuando éste se ha alcoholizado con exceso de tiempos atrás. Un gran número de suicidios se cometen bajo la influencia de estas pasiones, que, en un momento dado, dominan enteramente el espíritu. Hemos citado ya varios ejemplos de este género de locura.

Todas las locuras instintivas, extravagantes ó crueles, caracterizadas por pasiones de la misma naturaleza, que se enseñorean del alma, después de haber ahogado los sentimientos morales, que son los elementos de la razón, se manifiestan igualmente bajo el influjo alcohólico. Las observaciones hechas anteriormente nos ofrecen también ejemplos de ello.

La monomanía caracterizada, según Esquirol, como una lesión de la voluntad, está representada, respecto de los bebedores, por la *dysomanía*, que les compele á beber de una manera irresistible.

Los accesos de manía aguda son frecuentemente determinados por la acción del alcohol sobre el cerebro, sobre todo, si se toma este líquido en ayunas y en dosis elevada. Desgraciadamente los individuos, que han hecho maniáticos el alcohol, no suelen ser considerados como locos, porque se dice que el licor es el que les ha puesto en tal estado. Sin embargo, se les tendría como tales, si fuese otra la causa de su perturbación mental. He aquí un ejemplo que confirmará mi aserción.

Tres jóvenes, á quienes llamaremos *R*, *A* y *M*, habían empleado la mañana en beber vino y otros licores. Pasadas tres horas, conoció uno de ellos que no se hallaba en estado natural, y dijo á otro de los presentes:

“¡Estoy borracho”. Con todo, declarando después como testigo el que le oyó, aseguraba que no parecía ser ébrio, porque no había perdido sus fuerzas físicas porque sus ideas eran regularmente coordinadas. Más tarde, recorrian estos tres jóvenes los suburbios, cantando y gritando. Tocaron la puerta de una casa de campo, diciendo que pretendían batirse á toda costa, proferiendo expresiones céntricas y ordenando que se les dejase entrar, porque querian dar necesariamente la batalla. No habiendo podido entrar se alejaron, gritando voces que tenían necesidad de descargar su cólera sobre alguien. Habiendo llegado cerca de la puerta de una casa de campo, la sacudieron con una violencia tal, que se rompió la cerradura. Hicieron entonces su irrupción. Reconvinóseles desde una ventana por su atentado. Respondieron á la reconvencción por medio de juramentos é insultos soeces y obscenos. R, dió un puñetazo contra un tronco, diciendo: “Si fueses hombre, te mataría en el acto”. Llegó el jardinero, y los tres jóvenes se precipitaron sobre él y le hirieron gravemente. Algunos vecinos acudieron en su socorro. Presentóse el señor G, propietario de las inmediaciones, y les amenazó con la intervención de la policía. Entonces le arrojaron piedras, y acercándosele R, le dió una puñalada mortal. La riña continuó todavía por algunos instantes, hasta que los agresores huyeron rápidamente, dejando en el camino algunas de las cosas que llevaban. Encontrando á varios individuos en el tránsito, les amenazaron de muerte. Cuántos testigos les vieron, declararon *que ellos no estaban ébrios*; pero que se hallaban furiosos, cólericos, despavoridos; que manifestaban designios violentos é incoherentes y que tenían el aspecto de almas condenadas. Arrestados por la policía y puestos separadamente en prisión, aseguraron todos tres, por la mañana siguiente, que no tenían la menor idea de lo que había sucedido. Ignoraban los graves hechos de que eran acusados; pero no los negaban, limitándose á decir que no sabían cómo hubiesen podido cometerlos. El médico llamado á opinar sobre el estado de R, en el momento de cometer el asesinato, dijo que un hombre ébrio no hubiera sido capaz de herir tan profunda y gravemen-

te. De este mismo dictamen participaren otros dos médicos; lo que manifiesta que estos tres señores, aunque médicos, ignoraban completamente los graves efectos del alcohol, es decir, la perversión y la excitación de las facultades intelectuales, y aun los verdaderos accesos de manía furiosa. Los tres acusados fueron por consecuencia del hecho condenados á penas infamantes, siéndoles *R* á trabajos forzados perpetuos.

Los accesos de manía ebria son reconocidos, sin embargo, perfectamente por los autores. Estos accesos se hallan caracterizados de continuo por el furor. Esta última forma de la embriaguez ha sido descrita aún por Laurent y Perey. Estos escritores comparan con una bestia feroz irritada al hombre que está atacado de apoplejías. "Diez individuos, dicen, pueden apenas contener á esta especie de furioso. Su mirada es salvaje, sus ojos centellean, sus cabellos se erizan, sus gestos son amenazadores, sus dientes crujen; escupe al rostro de los asistentes, procura morder á los que se le acercan, clava sus uñas en cuanto puede, se despedaza á sí propio, si tiene libres las manos, escarba la tierra y lanza aullidos espantosos..... Si está solo, es capaz de precipitarse por una ventana ó magullarse gravemente rodando sobre el pavimento ó golpeándose la cabeza contra las paredes. Hemos visto perecer de este modo á dos de ellos". ¿Puede decirse que esta descripción sea la de un acceso de manía furiosa, diré más, la un acceso de rabia?

La locura alcohólica caracterizada por un embrutecimiento absoluto, por la estupidez, está representada por un ébrio parisiense, que, después de haber maltratado por largo tiempo á su mujer, cuya paciencia rivalizaba con su humildad, y después de haberla muerto, sin saber por qué, vino á acostarse y á dormir dos noches en el mismo lecho en que yacía el cadáver de la desgraciada.

"Una familia degradada por el vicio de la embriaguez, dice el doctor Bergueret, perdió sucesivamente cinco hijos, que murieron con la viruela, agravada por el abuso del vino. El cura de la parroquia que iba á ofrecer á los padres los consuelos del ministerio sacerdotal, se preguntaba á sí mismo de qué palabras podría valerle para

deificar tanta avaricia. Habiendo llegado á la casa, encontró al padre y á la madre tan poco afligidos, tan insensibles, tan estúpidos, que habrían sido necesario comenzar por infundirles dolor, para que haya necesidad de consolarles. El uso del alcohol, que les había quitado sus hijos, les había privado también de la facultad de sentir por ellos: carecían, pues, de sentimientos naturales”.

Finalmente, se notan los fenómenos de la demencia y del idiotismo más abyecto, en los bebedores cuyas facultades físicas, intelectuales y morales han sido más ó menos aniquiladas por la bebida; siendo vacilante su marcha, balbuciente su palabra é imposible la coordinación de sus ideas.

No hay causa alguna que introduzca mayores desórdenes que el alcohol en las facultades del alma, ninguna sustancia que desmoralice tanto, pervierta y aniquile estas mismas facultades, que, por su nobleza, colocan al hombre en un rango tan superior al de las bestias.

Con razón se ha dicho, pues, que *el ebrio se convierte en una máquina de destruir, en un instrumento de hacer el mal*. El alcohol, este agente excitador por excelencia de todas las perversiones del corazón, ha desempeñado un gran papel en la locura moral de los comunistas parisienses. Los demagogos, esos frutos secos de la literatura, de las artes, del foro, de las escuelas todas, devorados por la ambición y por la necesidad de goces materiales, que había fomentado el imperio caído, hombres completamente destituidos de sentimientos morales, que engañaron al pueblo y se sirvieron de él, para regar de golpe á la riqueza y al poder; sus secuaces, pervertidos de antemano, no por el deseo de imitar lo que pasa en otros pueblos, como lo ha supuesto el general Trochu, sino por todas las causas de infección que pululan en la capital y en las grandes ciudades; los demagogos y sus secuaces, repito, han sido arrastrados al paroxismo de la locura, á esa necesidad de destruir que lo caracteriza, por las cantidades enormes de las bebidas alcohólicas que han consumido, vaciando las cubas de todas las casas en donde se introducían. ¿Había entre ellos hombres fanáticos, como los había entre los del año noventa y

tres? No, no puede dispensárseles tal honra. No había sino ambiciosos, orgullosos, perversos y pervertidos de toda especie, particularmente de la peor, que es la de los alcoholizados. ¿No es verdad que la mayoría de nuestros célebres marcellenses se componían de bebedores de ajenjo?

## Acción de las bebidas alcohólicas sobre el cuerpo.

El alcohol nunca obra directamente sobre el espíritu, y si perverte y destruye las facultades del alma, es, como á nadie puede ocultársele, á consecuencia de la acción perniciosa que ejerce sobre el cerebro. Durante un tiempo, más ó menos largo, según las circunstancias del individuo, soporta este órgano el alcohol, sin experimentar desorganización notable. Sus funciones sufren, ciertamente, una profunda turbación; mas ella puede cesar, si se suspende el uso de las bebidas, antes de que haya llegado el fatal momento en que este uso produce la desorganización del cerebro, alterando y destruyendo los elementos que lo componen. Cuando llega este caso, no se trata ya de una locura que puede desaparecer por la cesación del abuso, sino de una locura permanente, incurable, que conduce á la locura y á la muerte.

Las bebidas tomadas en ayunas, sobre todo, paralizan y alteran las funciones del estómago y destruyen el apetito. Efectivamente, es muy poco lo que comen los bebedores. En consecuencia, la nutrición es insuficiente y el organismo en general acaba por alterarse de una manera profunda. Las mismas bebidas tomadas en ayunas también debilitan considerablemente la vista; por esto es porque la ambliopía alcohólica ha sido muy frecuente en París, durante los dos sitios que ha sufrido esta ciudad.

Si el veneno verificado en el torrente circulatorio se fija de preferencia sobre otro órgano del cuerpo, altera igualmente su tejido y destruye sus funciones. Suprimiendo así uno de los *volúmenes* de la existencia, causa la muerte de mil maneras distintas según la naturaleza del órgano

afectado y la especie de destrucción que él ha sufrido. Hecha muy larga la enumeración de las enfermedades que al alcohol determina y agrava. Bástele al lector saber que la acción deletérea de este agente se manifiesta de un modo especial sobre el órgano u órganos naturalmente débiles, predispuestos a ciertas enfermedades, ó ya enfermas, del bebedor. Como estos órganos carecen de una fuerza suficiente de resistencia vital, para soportar los repetidos asaltos que los da la sangre cargada de alcohol, se alteran ellos y traen por consecuencia necesaria la alteración de los demás. Si el individuo no tiene órgano alguno débil ó mal formado, las bebidas ejercen, sobre todo, sus estragos sobre cualquiera parte del organismo; que en virtud del género de vida particular del sujeto, se encuentra más de ordinario en ejercicio y se fatiga más que los restantes.

El efecto general del alcohol, sobre todo el organismo es una debilidad notable del cuerpo y una vejez anticipada. De un hombre joven hace un viejo varietudinario, y por eso las enfermedades de los jóvenes bebedores tienen la gravedad con que se presentan las de los ancianos. Si la sangre era contenta años há profusamente empleada en las enfermedades agudas, es porque tenían estas un carácter particular de fuerza y de reacción que les falta actualmente; de aquí es, que lejos de recurrir hoy á este medio, en otro tiempo tan eficaz, ha habido que adoptar una medicación contraria, esto es, la tónica y fortificante. Uno de las causas á que se debe este cambio en la naturaleza de las enfermedades conocidas de antemano, es, no lo dudemos, el abuso sin cesar creciente del alcohol, que ejerce su acción debilitante, no sólo sobre el bebedor, sino también sobre su descendencia. Este veneno traza siempre en un tiempo dilatado surcos profundos é indelibles en el cuerpo. Aunque el individuo que ha abusado de él durante una larga época consiga enmendarse completamente, los órganos que han sido alterados no volverán sino rara vez á su estado normal, y la vida continuará siempre amenazada, sea por las causas mórbidas más ligeras, sea por los desórdenes orgánicos que el alcohol ha producido ya; porque estos desórdenes siguen progresan-

do, aunque lentamente, después de que el individuo ha dejado el abuso de las bebidas. ¡Cuántos enfermos he visto morir yo en la flor de su edad, sin otra causa que el prolongado abuso de las bebidas espirituosas! Los enfermos no podían persuadirse de que fuese el aguardiente el que los llevaba al sepulcro; porque usando de esta funesta bebida, sentían renacer una pequeña parte de las fuerzas que ella misma les había quitado.

Señalaré aquí de paso dos efectos terribles ocasionados por el abuso del alcohol, á saber: *el delirium tremens* y *la combustión espontánea*. La palabra *espontánea*, que se emplea para denominar esta combustión, que consume el cuerpo alcoholizado, es impropia. Los vapores alcohólicos, que salen al exterior, sea por la piel, sea por medio del aliento, no se inflaman sino cuando el alcoholizado se aproxima al fuego, á la luz de una bujía, v. g.

Hay algo todavía más horroroso, y es que la acción de esta pestosa del veneno no se hace sentir sólo en la persona del bebedor, sino que es comunicada á su descendencia de mil maneras diferentes. Lo que ocurre más de ordinario es que la pasión irresistible de beber, la *dypsomanía* y el lúgubre cortejo de sus funestos resultados, son transmitidos á la progenie del ebrio. Los hijos de los bebedores se hallan sujetos, según el órgano nervioso que ha recibido más directamente la influencia del veneno absorbido por sus padres, á la epilepsia, al idiotismo, á varios géneros de debilidad del cuerpo y de la inteligencia, á la locura, á todos los vicios de carácter, en fin que arrastran al crimen y al suicidio. Los hijos expósitos, que ordinariamente lo son de padres prostituidos, dan por lo regular un contingente mayor á las prisiones y á las casas de locos, que los de padres conocidos y honrados, y esto á pesar de la excelente acogida y cuidado particular de que son objeto en los hospicios. La estadística ha demostrado que en la América del Norte, los hijos nacidos de padres ebrios están diez veces más expuestos que los otros al crimen, á la prisión y al cadalso. El conocimiento de estos hechos debía ser ampliamente divulgado, á fin de inspirar á padres é hijos un horror profundo hacia las bebidas alcohólicas, sean de las especies que fueren. La acción del veneno se hace sentir muchas veces

sobre el cuerpo del niño, aun antes que éste nazca, dándole la muerte en el seno mismo de su madre, ó si le deja vivo hasta el término de la preñez, no le deja existir más que algunos días, semanas ó meses. Otros nacen con vicios de conformación y monstruosidades de diversos géneros. El alcoholismo, desgraciadamente tan generalizado entre nosotros, es, ó no dudarlo, una de las causas que se oponen, de algunos años acá, al aumento de la población. El doctor Morel, sabio alienista, acaba de publicar en el *Noticiase de Ruau*, observaciones muy interesantes sobre los miembros de la Comuna degradados por el alcoholismo. Extractaremos de su trabajo el pasaje siguiente, relativo á los muchachos de París alistados para incendiar y matar. “En una visita reciente que hemos hecho á la prisión de Ruau, dice aquel doctor, hemos procedido el doctor Vingtrinier y yo, al examen del estado mental de ciento cincuenta niños, de diez á diez y siete años de edad, que en su mayor parte, han sido tomados con las armas en la mano, tras las barricadas. Este examen ha corroborado mis convicciones anteriores sobre el influjo funesto que ejerce el alcohol, no solamente en los individuos que abusan de él, sino aun en sus descendientes. En verdad que son dignos hijos de sus padres estos asesinos é incendiarios precoces, de fisiología depravada, moral y físicamente. Ellos nos han ofrecido un espectáculo triste y propio para excitar las reflexiones de los moralistas y de los filántropos. Fisonomías ingratas y á veces repugnantes, cabezas sin simetría, cuerpos de talla inferior á lo común, he aquí el carácter físico de estos tiernos malhechores. Entre ciento cincuenta de ellos, apenas hemos encontrado algunos rostros simpáticos. Los muchachos de diez y siete años parecen sólo de catorce, los de catorce, solo de diez. La carencia de sentido moral era notoria en la mayoría, sin embargo de que casi todos sabían leer y escribir; lo que prueba que la instrucción sin principios morales y religiosos es mucho peor que la ignorancia.”

Aquí son muy oportunos algunos datos que se apoyan en la elocuencia de las cifras. Entre mill atentados contra la vida cometidos en Francia, doscientos treinta y siete son causados á consecuencia de las bebidas alcohó-



licas, según la estadística de M. Deguery. De ciento setenta y seis individuos atacados de enagenación mental y acogidos en Charenton, durante un año, sesenta habían venido á ser locos por el abuso de las mismas bebidas. En Inglaterra, donde este abuso es mayor, las desgracias que él ocasiona son también más numerosas. Según los cálculos publicados por el Gobierno inglés, la ebriedad y los desórdenes que ella provoca matan anualmente cincuenta mil habitantes. La mitad de los locos, los dos tercios de los indigentes y las tres cuartas partes de los criminales son de hombres dados á la bebida. M. Crang, juez en los Estados Unidos, ha reconocido también, según los datos estadísticos de esa nación, que los tres cuartos de los criminales de ella se componen de ebrios. ¿No es cierto además que la mayor parte de los bandidos y delincuentes de profesión vive consagrada á la bebida, en aquellos lugares abominables en que de la mañana á la noche, y aun de la noche á la mañana, se despachan vinos y otros licores por menor? Así ha sucedido en todo tiempo. El primer regidor de Ruan llamaba en 1349 la atención pública sobre este hecho, en un discurso en que dijo: "Creedlo, señores, de veinte bandidos ó saltadores públicos, diez y nueve se han educado en las tabernas."

Pienso que he dicho lo bastante, para que el público se instruya acerca de los peligros que corren el organismo y la moral de los que beben habitualmente.

Pregunto ahora, ¿la acción desastrosa de las bebidas alcohólicas es conocida ó no por los que tienen en su mano la dirección de la cosa pública? Si no lo es, no hay duda que esta ignorancia es una grave falta de su parte, porque la ciencia ha señalado constantemente el peligro; y este mismo peligro se ha hecho notorio todos los días, por la narración que los periódicos hacen de las hazañas de los ébrios. Además, la estadística criminal fija todos los años la exorbitante cifra de los atentados que ellos cometen. Si la acción deplorable de las bebidas es notoria para los legisladores y los gobernantes, la falta es más grave aún; pues la indiferencia, el descuido y la inacción, en vista de los efectos de un agente tóxico tan peligroso, son un verdadero crimen de *lesa nación*.

Una preocupación injusta ha hecho que se arraigue la creencia casi universal de que el vino y los otros licores le son necesarios al hombre, como tónicos y nutritivos. Es, pues, indispensable examinar cuidadosamente lo que ocurre á este respecto. No es tónico el vino, sino cuando se lo toma en pequeña dosis y muy diluído en agua; mas aún, sólo el vino rojo goza de esta propiedad, que no proviene del alcohol, sino de la pequeña cantidad de *taurino* que se encuentra en él. Muy fácil es recurrir á otros tónicos, cuando se ha menester de ellos. El vino es muy poco nutritivo. Las investigaciones del doctor Jolly lo manifiestan perentoriamente. Vale, pues, más hacer uso de una alimentación saculenta, para conservar las fuerzas del cuerpo. *El vino es muy excitante*, propiedad que la debe precisamente á la parte alcohólica. Ahora bien, ¿debe un trabajador estar excitado? No, porque según las leyes fisiológicas, á toda excitación recibida por el organismo sucede una postración proporcional, y porque una serie continua de excitaciones, trae siempre á la larga, el debilitamiento del cuerpo. Conviene que nunca se olvide esta verdad: *el vino produce sobre el organismo un efecto semejante al que produce un latigazo sobre una caballería*; excita, estimula las fuerzas que existen; pero no las cria nuevas. El vino no es realmente necesario, sino cuando el cuerpo, en estado de postración, tiene momentáneamente necesidad de una excitación facticia, hasta que una buena alimentación le haya devuelto sus fuerzas naturales. El público, para quien son extraños los fenómenos que tienen lugar en el organismo del hombre, atribuye no obstante, con mucho acierto, á la parte alcohólica ciertos efectos violentos é inmediatos producidos por las bebidas, tales como el *delirium tremens*, los ataques de apoplejía, la combustión espontánea, &c.; pero yerra en cuanto á la idea que se forma de la acción del vino, y además no aprecia los efectos que dentro de algún tiempo produce el alcohol, efectos entre los cuales descuello principalmente una senilidad anticipada, llena de enfermedades y una predisposición muy grande para la muerte. En resumen, *no es saludable el vino para los sanos*, sino en pequeña cantidad y muy mezclado con agua. Si se le atribuye el

poder de fortalecer el organismo, es porque tomado en dosis moderada, excita momentáneamente todas las facultades; pero debe saberse que esta excitación es muy efímera, y que una prostración más ó menos considerable viene siempre en pos de ella. Las personas habituadas á excitarse por medio del vino ó de otros licores, han perdido de tal modo sus fuerzas naturales, á consecuencia de este hábito, que sin el *fatigazo* que dan al organismo, son incapaces de toda actividad física é intelectual. De aquí concluyen ellas que estos líquidos les infunden vigor. Mas los sujetos instruidos, que ven las cosas en claro, juzgan de otro modo. Los estudiantes de las Universidades de Cambridge y de Oxford, que se disputan cada año el premio de las *regattas* á remo sobre el Támesis, se preparan para esta lucha por medio de un régimen muy severo, privándose completamente de vino y otros licores. Federico el Grande había prohibido que se les diese aguardiente á los soldados escogidos que formaban su guardia en Potsdam.

Tan cierto es que los bebedores de líquidos alcohólicos pierden sus fuerzas naturales, tan exacto que no pueden tenerlas sino ficticias mediante la excitación causada por el licor, que no siempre se les puede privar de él súbitamente sin peligro. Después de haber debilitado el *resorte* de los órganos impide el alcohol que este resorte se paralice en el todo; pues lo mantiene en ejercicio durante un tiempo más ó menos considerable, y aun por muchos años, en los individuos cuya naturaleza se habilita con la bebida. Recuérdese sino el caso de aquel ébrio que, algún tiempo há, entró en la sacristía de la iglesia de Saint-Ferréol de Marsella, pidió confesor, y luego después disparó un tiro de pistola que no hirió á nadie. Este individuo, cuyo médico he sido, de veinticinco años acá, ofrece el ejemplo más notable de la *acclimatación* del alcohol en la economía. Desde que yo le conozco, vive constantemente alcoholizado; pues toma pequeñas vasos de aguardiente desde por la mañana. No pierde nunca las fuerzas físicas; conserva su salud en buenas condiciones y trabaja perfectamente. Es verdad que en todo su ser se observa de continuo cierta excitación y que sus movimientos son bruscos; pero rara vez

comete actos de violencia ó de maldad. Su familia no ha tenido hasta hoy motivos para quejarse de él; la trata con las debidas consideraciones y cuida de que nada le falte. Cuando su mujer cae enferma, viene á suplicarme con ansias que la visite. Este hombre es para mí un fenomeno excepcional, el único de que yo tengo noticia.

Es particularmente en las enfermedades agudas de los bebedores en las que debe cuidarse de no suprimir en el todo el uso del alcohol, so pena de hacer que el enfermo caiga bien pronto en la postración. El alcohol procede entonces á manera de un usurero, que después de haber arruinado al imprudente que ha tratado con él, le impide morir de hambre, dándole todos los días una pequeña limosna.

Si la clase trabajadora invirtiese en proporcionarse un sano y abundante alimento lo que emplea en comprar licores, lo pasaría mucho mejor física y moralmente. Las personas que usan con frecuencia de las varias especies de aguardiente, tienen la tez pálida y descolorida; las que beben vino con exceso la tienen sombrosa y violácea; finalmente, los que no beben sino agua pura, la tienen tersa y rosada y respiran un aire de salud y de frescura. Cuando es necesaria una bebida algo excitante, puede hacerse uso de vino muy diluido en agua, que es saludable en los temperamentos frios; mas en las épocas de calor, es preferible el café, igualmente mezclado con agua. En general el hombre que goza de buena salud y para quien es inútil toda excitación facticia, no puede hacer uso de una bebida mejor que el agua natural ó ligeramente enrojecida con vino: ella es la que facilita más la digestión. Durante la comida, lo más conveniente para mitigar la sed, es el agua pura. Sería por esto muy bien que el hombre pudiese usar de ella siempre que le fuese necesario. Este voto, eminentemente higiénico, no puede realizarse sino mediante el establecimiento de numerosas fuentes públicas en las grandes ciudades, en las inmediaciones de los teatros, de los talleres, de todos los lugares de reunión; en los paseos, en los malecones, en algunos parajes de los caminos de hierro, &c. Hace algunos años que así se ha practicado en Inglaterra.

Por uno de los mayores contrasentidos, no puede saciarse la sed en Francia sin entrar en un café ó en una taberna, en donde se paga muy cara el agua empujada con líquidos alcoholizados ó adulterada con varios ingredientes desagradables. El agua pura, este líquido tan limpio y grato, que la provída naturaleza ha distribuido con tanta profusión, este elemento que, después del aire, es el más necesario para la vida, casi nunca se encuentra á la mano en las grandes poblaciones; por eso desgraciadamente, no se bebe de ella. En el recinto de la exposición de París en 1867, se veía todo, menos una fuente en que se pudiese haber un vaso de agua. Siendo como son las fuentes de agua potable un objeto de primera necesidad, deberían obtener la preferencia sobre aquellas otras que no están destinadas sino á honrear la vista y sin embargo son tan numerosas; pero en esto, como en otras muchas cosas, el lujo ha prevalecido sobre la necesidad.

Largo tiempo hace que se ha notado el deplorable abuso de las bebidas alcohólicas en Argelia. ¿Qué singular aberración se apodera de la mayor parte de los europeos que pisan esta hermosa comarca! Como si no bastase el ajeno, se encuentran reunidos con él, en las tabernas, el cognac y otros licores semejantes. Los colonos, los agricultores, los artesanos, tienen la creencia de que el clima hace necesarias estas bebidas, y cuando experimentan los funestos resultados del alcohol, los atribuyen al mal aire, continuando en su fatal abuso. El organismo debilitado por el veneno, no puede resistir á las influencias mórbidas; de modo que las enfermedades adquieren un carácter de gravedad, que erróneamente se achaca al clima.

Nuestro ejército de África no ha estado exento de esta preocupación: el militar, sea simple soldado, sea de alta graduación, hace mayor ó menor uso del veneno: aquel toma á bajo precio y en la taberna ajeno de mala calidad; éste lo toma de calidad algo mejor, en su alojamiento. Es incontrovertible que el uso de este líquido menoscaba la fuerza física y moral del ejército. He aquí lo que me ha referido un soldado que ha hecho la última campaña de Italia en un regimiento de infantería

en el de África. “Durante las marchas forzadas que hemos hecho, todos aquellos camaradas míos que tenían contraída la costumbre de beber, se fatigaban prontamente y quedaban postrados. Llegaban muy tarde al respectivo lugar, y tendidos una vez en tierra, permanecían inmóviles: tan abrumados estaban de fatiga, que no ocuparse, aun en preparar su alimento, preferían no comer. Por el contrario, los que no se habían entregado á la bebida, recobraban prontamente sus fuerzas, después de algunos instantes de reposo, armaban la tienda y preparaban la comida.—Atendiendo, en mi calidad de médico á un joven de treinta y dos años, que había contraído el hábito de beber mientras servía en el mismo ejército de África, y que moría con una afección al hígado, causada por ese propio hábito, preguntábale yo cómo había llegado á contraerlo. Al principio, me contestó él, “bebía por imitar á mis compañeros: cuando no teníamos qué hacer, íbamos á tomar licor, para ocuparnos en algo; más tarde bebía ya por una necesidad que me era imposible vencer, y porque no me sentía vigoroso, sino después de haber bebido. En ello gastaba todo mi dinero”.

La detestable costumbre, contraída por los militares de toda graduación, de entregarse frecuentemente á la bebida, no solamente en Argelia sino también en Francia, costumbre que ellos justifican con motivos tan absurdos, como el de que el licor precave de las enfermedades, destruye las lombrices, &c. es indudablemente muy perjudicial para el ejército. Ella es la que inutiliza para el servicio activo á los soldados que, por una larga permanencia en las guarniciones, han adquirido tan fatal hábito y se han envejecido anticipadamente. En una conferencia tenida en 1866, para la reorganización del ejército, el General Trochu combatió los nuevos reiterados enganches de oficiales subalternos, fundándose en que estos eran inútiles para el servicio y había que enviarlos, como tales, á los depósitos. Ahora bien, no busquemos en otra parte que en la funesta costumbre de beber, especialmente en ayunas, la causa de inutilidad de estos soldados. Si, por esta costumbre y por la ociosidad, proveniente de la vida de guarnición, ha sido tan pernicioso para el ejército francés la ley del segundo y tercer reenganche. En su notable obra, intitulada *El ejército francés en*

1867, ha demostrado el ilustre General cuán errónea es la opinión que atribula un gran valor á los soldados viejos; pues muchos se dan á la bebida, que les enerva y degrada.

Si bajo el primer imperio habían conservado cierto vigor los soldados envejecidos en el ejército, era sin duda en razón de la vida activa que habían tenido incesantemente y de que el uso del alcohol no se había generalizado, como en nuestros días, entre los militares.

No es sólo como disolvente de la fuerza física y moral del ejército como el alcohol constituye entre los militares una grave causa de peligro público, peligro cuyos deplorables efectos hemos experimentado en nuestra guerra desastrosa con la Alemania; es también como el más eficaz móvil de las violencias que los soldados, ebrios y provistos de sus armas, cometen contra las personas desarmadas y pacíficas. Este peligro ha sido constantemente designado por los periódicos, que han pedido con justicia la prohibición de que el soldado ande con su arma en épocas que no faeren de servicio. Conociendo la tendencia abusiva que los soldados manifiestan, en estos últimos tiempos, de servirse de sus armas, en riñas casi siempre ocasionadas por la bebida, y sabedor de los actos bárbaros que han cometido en varias localidades, dirigió el mariscal Randon, cuando era Ministro de Guerra en 1860, una circular á los generales de división, previniéndoles que cuidasen con esmero y energía de que no se repitiesen tales hechos. Pero ¿qué influencia pueden tener las disposiciones más severas, sobre la conducta de hombres ebrios é irritados, que han perdido mediante la acción del alcohol, todos los sentimientos morales, elementos de la razón y de la libertad moral, y se hallan obcecados por las pasiones violentas que les dominan? ¿De qué pueden servir para con ellos las ordenanzas que imponen severos castigos á los ebrios malhechores? ¿Qué aprecio harán de las advertencias de nadie sobre lo deshonroso que es para el soldado el servirse de sus armas contra gente inofensiva, desde que el alcohol y la cólera han extinguido en su corazón todo sentimiento moral, incluso el del honor y aun del temor mismo de los castigos? La circular del mariscal Randon no produjo efectivamente ningún resultado: los soldados ebrios continuaron cometiendo tan graves atenta-

dos como antes; por manera que un individuo que iba tomando nota de tales atentados, habla de diez y ocho personas muertas ó heridas por estos militares, sólo en los cuatro meses del año de 1868. El gobierno debe hacer, pues, que cese tan grave causa de peligro para el público y de deshonra para el ejército, desarmando á los soldados en tiempo de paz y fuera de las horas de servicio, y oponiéndose al uso y al abuso de las bebidas, por los medios que luego propondré. La primera indicación ha sido practicada ya en el ejército belga. En abril de 1868 ordenó M. Ronand, Ministro de la Guerra, que en lo futuro ningún soldado saliese de su cuartel con armas. En el mismo año, cediendo el mariscal Niel á las quejas del público, autorizó á los jefes de los cuerpos para que prohibiesen indefinidamente el andar ceñidos del sable á los militares de mala conducta habitual ó dominados por la embriaguez. ¿Se ha ejecutado puntualmente esta ordenanza? Permitido es ponerlo en duda; mas aunque hubiese recibido la correspondiente ejecución, no bastaría ella para precaver todo peligro; pues no sólo hacen mal uso de sus armas los soldados que se embriagan habitualmente, sino también los que se hallan ocasionalmente ebrios.

### Medios adecuados para combatir eficazmente al Demonio Alcohol.

Con la enumeración de los estragos que causa una sustancia nociva, no cumple la ciencia más que una parte de su deber: tiene que indicar además los medios apropiados para poderse precaver de aquellos. Esto es lo que trataré de hacer con respecto á las bebidas alcohólicas, fundándome en los datos que suministra la experiencia.

Ante el incremento amenazador de un azote tan terrible, no debía la autoridad pública, encargada de la seguridad de los ciudadanos y de su conducta moral, permanecer por mayor tiempo espectadora indiferente é impassible, dejando que una multitud de personas se precipiten en el abismo, por ignorancia, por falta de ocupación ó por otras causas, sin socorrer á estos infelices, para que se salven del peligro en que se encuentran. Debía proceder para con ellos del mismo modo que por benevolencia y por caridad se procede con los que intentan suicidarse.



Dos especies de medios se debían adoptar, para contener los estragos que causa el alcohol. Los unos relativos á la venta de licores; los otros á las personas mismas que abusa de éstos, á pesar de los obstáculos opuestos á dicha venta.

### Medios relativos á la venta de las bebidas alcohólicas.

¿Qué dirían las autoridades encargadas de conservar el orden y moralidad públicas, si viesen un rótulo, en el cual estuviesen escritas las siguientes palabras?

*¡Aquí se vende, con autorización de la ley, un veneno que mata el cuerpo, embota la inteligencia y extingue las facultades morales, reemplaza estas facultades con instintos perversos y aun feroces, priva al hombre de su razón y de su albedío, le impule á cometer violencias, le arrastra á toda especie de crímenes, especialmente al homicidio y al suicidio, y causa todo género de locuras; veneno tanto más peligroso, cuanto que el uso de él conduce irresistiblemente al abuso; veneno que desordena las familias, las reduce á la miseria, suscita en ellas el odio, la desunión, la depravación, y expone á los descendientes á todos los efectos desastrosos que la fatal ponzoña ha causado en sus padres.*

No hay duda que á los honorables magistrados les repugnaria dar crédito á sus ojos. Y, sin embargo, un rótulo semejante, colocado en el frontis de todas las tabernas, sería de la más rigurosa exactitud.

Aunque los resultados tóxicos del alcohol no sean generalmente inmediatos, no por ello son menos ciertos y desastrosos. Este agente debe, pues, ser tratado como todas las demás sustancias venenosas, es decir, debe prohibirse su venta por menor. Las innumerables tabernas, en que se consumen vino y otros licores sobre el mostrador, y en que el pueblo viene á perder su salud y embrutecerse, debían ser definitivamente cerradas. Así en los cafés no debía permitirse por más tiempo la venta de bebidas alcohólicas. El *vermouth* necesita ser incluido en la prohibición: la costumbre de beberlo sirve continuamente de introducción al abuso de líquidos más alcoholizados. Lo propio debe decirse del licor de los *cartujos*: preconizado como una panacea, que tiene sus grados diferentes; se lo toma cada día, so pretexto de

que es una bebida saludable; del uso se pasa luego al abuso, con todos sus inconvenientes. ¡Cuántos ebrios incurables he conocido yo, que se han estrenado con estos líquidos, impropriamente considerados como saludables! Los días feriados, que son especialmente días de taberna, son los más fecundos en crímenes provenientes de embriaguez. En las tardes del domingo y de otros días de fiesta es cuando tienen lugar las reyertas homicidas entre los bebedores. He comprobado este hecho, por repetidas veces, en Marsella, sobre todo entre los marinos. Lo mismo acontece en todas partes. El diario intitulado *El Derecho* ha recibido de Madrid la comunicación siguiente, con fecha 11 de enero de 1864:—“Las fiestas de Navidad, que se prolongan en España hasta el día de Reyes, son siempre la época de numerosos asesinatos. El balance del año actual ha dado veinticuatro para Cataluña, Alicante y Andalucía solamente”. No debemos olvidar que en estos *palacios de intemperancia* es donde, principalmente, echa raíz, florece y se propaga la demagogia, esta llaga social, esta locura moral, que infunde la insubordinación en el ejército y el desorden dondequiera.

Objetarás tal vez, que si ha de prohibirse, para evitar el abuso, la venta por menor del vino y otros licores, pocas cosas deberían quedar exentas de la prohibición, una vez que de muchísimas puede abusarse; pero contestaré que las bebidas alcohólicas se hallan en un caso enteramente excepcional. Los otros bienes de que puede abusar el hombre no destruyen, como el alcohol, las facultades morales y con ellas el libre albedrío: como queda exenta la voluntad, no le es imposible combatir los deseos immoderados que impelen al abuso. Y si, á pesar de las advertencias de la razón, se deja arrastrar hacia éste, vienen á contenerle muy pronto la saciedad, el disgusto ó la impotencia. No sucede lo propio respecto de las bebidas alcohólicas: su uso habitual crea una necesidad irresistible, que engendra precisamente el abuso. Ninguna otra sustancia, á no ser el *opio* y el *achirch*, coloca al hombre en semejante posición. Debe, pues, y lo repito, considerarse el alcohol como un agente de los más peligrosos y prohibírsele irremisiblemente.

La prohibición de él es de primera necesidad para el ejército. Si, conforme á las reformas de la organización

militar, últimamente proyectadas, ha de hacerse la ocupación del soldado en la actividad de los campamentos y no en la vida inerte de las guarniciones, sería conveniente que se impida la venta de las bebidas alcohólicas en las cantinas y aun en las inmediaciones del campamento, bajo los más severos castigos. La administración de la guerra, que elige para formar el ejército á los jóvenes más robustos de la nación, debe comprender que está obligada á impedir que estos jóvenes vuelvan al seno de su familia impregnados de ponzoña tan funesta. Debe prohibir á los oficiales el que pasen la mayor parte de su vida en los cafés, bebiendo y fumando. Siendo la ociosidad, según el antiguo proverbio, la madre de todos los vicios, debe obligárseles que se dediquen á estudios serios, sea en la materia especial que les incumbe, sea en cualquiera otra, en vez de permitir que alimenten su espíritu con los productos inmorales ó fútiles, nocivos todos, de la literatura moderna. Debe compelérseles, en una palabra, al estudio de todo lo que puede serles útil, como los idiomas extranjeros, la geografía &c., como se hace con los oficiales prusianos, y eximirseles así del fastidio que inevitablemente les acosa bajo el régimen actual, engendrando el desecado y la impericia. Estos vicios se han hecho notar muchas veces en nuestros últimos desastres.

La administración de la guerra debe cuidar también de que los soldados se ocupen sin cesar, sea para ejercitarlos en el uso mismo del arma que manejan ó de alguna otra, sea para hacerles útiles en la agricultura y en los trabajos públicos. De este modo la juventud militar, débil y desmoralizada hoy, llegará á ser fuerte y vigorosa, física, moral é intelectualmente.

¿No es deplorable observar cómo la pasión de tomar *una copa*, pasión fomentada en cierto modo por la administración misma, que distribuye aguardiente entre los militares, persigue á estos aun en los hospitales que á su favor se han establecido cerca de los baños de agua termal? ; En estos lugares mismos, á donde vienen ellos para ver de recobrar la salud, siguen usando del veneno que ha producido ó agravado su enfermedad! Qué ventajas pueden obtener, pues, del tratamiento? Reflexiones son éstas que me han sido sugeridas por lo que he observado yo mismo en Barégués.

Una sabia ley de policía, que no ha sido puesta en práctica hasta hoy, prohíbe vender licores alcohólicos á la persona menor de diez y seis años. Si tal ley es buena para ser aplicada antes de esta edad, lo es igualmente para los individuos mayores de ella; porque los mayores se parecen mucho á los niños, en cuanto les falta la razón, y además, el uso de los licores es tan nocivo antes, como después de los diez y seis años.

La ley no debiera permitir que se conviertan en alcohol ciertas sustancias que pueden servir para alimento del hombre, tales como el trigo y las patatas. Los dones benéficos de la Providencia no deben transformarse en una ponzoña detestable.

Debería también la misma ley prohibir la importación del *ajenojo*; pues no conviene tolerar que se nos traiga de países extranjeros un veneno que introduzca en nuestra sociedad el embrutecimiento, la degeneración de la raza, la desmoralización y la muerte.

El aumento del impuesto sobre las bebidas alcohólicas es á lo sumo un medio adecuado para aumentar los recursos de un erario deficiente; mas nunca puede impedir el abuso de estas bebidas. Es cierto que arruinará más prontamente al bebedor, que reducirá más presto su familia á la miseria; pero nunca enfrentará la irresistible pasión del borracho.

De mucho tiempo á esta parte, y en diversas ocasiones, han dado los médicos la voz de alarma, ante los estragos que causa el alcohol. Han cumplido ciertamente con su deber, levantando santas cruzadas contra este veneno abominable; pero ¿qué crédito dará el público á las advertencias de ellos, si la sustancia denunciada como peligrosa se despacha libremente y aun con autorización legal, en tanto que la venta de otros venenos está sujeta á disposiciones particulares de los reglamentos de policía? ¿No es verdad que esta excepción á favor del alcohol da una especie de mentís á los consejos de la ciencia? ¿No da á entender que estos consejos son dictados por el error ó por la exageración? Sin embargo, tienen ellos la mayor exactitud.

Si yo insisto tanto sobre la supresión de la venta por menor de las bebidas alcohólicas, es porque la experiencia ha demostrado la eficacia de este medio. En todos los lugares en que se ha llevado á efecto esta supresión,

ha sido seguida de una disminucién considerable en los delitos y crímenes.

En el año de 1852, época en la cual las prisiones y depósitos de mendigos se hallaban tan llenos en el Estado del Maine (América), que trataba de construir nuevos edificios, sucursales de estos establecimientos, expidió la Legislatura una ley que prohibía, bajo penas severas, la venta por menor de bebidas alcohólicas. A consecuencia de esta sabia medida, los crímenes, los delitos y aun la miseria, han disminuído progresivamente en aquel Estado, tanto que, tres años después, resolvió el gobierno reducir el número de aquellas casas, porque estaban casi vacías. Dos de ellas pertenecientes á Portland, fueron vendidas por esta razón. El ejemplo dado por la Legislatura de Maine fué seguido sucesivamente por las de otros doce Estados de la Unión; de modo que hoy en día se halla prohibida la venta por menor de licores alcohólicos en trece Estados de aquella. ¿No es cierto que un resultado tan importante impone á todos los gobiernos sabios el deber de adoptar la misma prohibición? Conviene tener siempre en cuenta la imperfección y debilidad del hombre, y alejar por consiguiente de él, en cuanto fuere posible, las causas de perversión y de miseria. En apoyo de este deseo, citaré las siguientes palabras del doctor Jolly: "Lo que merece ser recomendado á los legisladores y moralistas, es que en todos los países la cifra correspondiente al consumo de licores concuerda con el de las condiciones judiciales, con las de los pobres, mendigos y vagabundos, con las de las familias abandonadas, con la de los niños idiotas y escrofulosos, con la de los epilépticos y dementes.

A fin de obligar á los comerciantes en licores á no venderlo en tanta abundancia á los borrachos, se ha tratado de asimilar las deudas de taberna á las contraídas en el juego; pero este expediente, que no puede impedir, sino muy rara vez el abuso, debe ser rechazado, porque la autorización de no pagar es, en cierto modo, una tolerancia del robo.

Es incontrovertible que la prohibición de vender por menor licores alcohólicos no puede hacer que desaparezca absolutamente el abuso: habrá siempre individuos que se embriaguen en su casa; pero el número de ellos será muy corto; pues no es en su domicilio donde el

hombre contra el hábito de beber, en razón que nada le obsta á ello; antes le disuade de tal intento la presencia de sus padres, la de su esposa é hijos. ¿Qué mujer, qué familia, que conozca bien el daño que el alcohol hace en la organización del hombre, permitirán la existencia de este odioso veneno en una casa? Es fuera de su domicilio, arrastrado por el mal ejemplo, por el estímulo, por el instinto de imitación, que el hombre se resuelve á proceder como los otros, si se habitúa á beber, es por la frecuencia de las ocasiones que se le presentan en las tabernas.

Muy deplorable es que se emplee en Francia una extensión tan considerable de terreno en la producción del vino y del alcohol. Esta producción sobrepaja mucho á la cantidad moderada que exigirían la utilidad y el gusto. Ciertamente es que una parte del producto sale al extranjero, y que nosotros desempeñamos para con éste el mismo papel que los ingleses para con la China, donde introducen el opio; si bien con la diferencia de que no introducimos por la fuerza el veneno francés en país extraño. Si en la porción de tierra que empleamos en la producción de un líquido que emponzoña á nuestros vecinos, cultivásemos trigo y otras plantas propias para el alimento humano y para el de las bestias, no nos veríamos en la necesidad de obtener de estos mismos vecinos alimentos cuya carestía se hace sentir entre nosotros frecuentemente. Yo uno mis votos á los del doctor *Bergeret*, en lo relativo á la producción exagerada de las uvas, á fin de que la ley proscriba los viñedos de todas las tierras apropiadas para el cultivo de los cereales y de las plantas forrageras, poniendo, para ello, en vigor aquellas sabias ordenanzas que se han expedido, con tal objeto, en diversas épocas, desde el tiempo de Licurgo, hasta el año de 1833. Entre tanto, no se puede menos de mirar con cierta complacencia la propagación de los insectos ó gusanos que destruyen actualmente las raíces de la viña. El agricultor, perjudicado en sus intereses, tendrá que recurrir, al cabo, á otro cultivo más útil y saludable.

### Medidas que se deben tomar contra las personas que abusan de las bebidas alcohólicas.

Después que la autoridad haya puesto un obstáculo

al abuso de las bebidas, prohibiendo su venta por menor, obligando á los padres é institutores á inspirar á los niños un profundo horror contra este veneno del cuerpo y del alma, difundiendo en todas las clases sociales el conocimiento de los estragos que ocasiona, y proporcionando en abundancia la mejor bebida para el hombre sano, es decir, el agua pura; tendrá que intervenir en favor de los desgraciados que, á pesar de estas sabias precauciones, se entreguen al abuso del alcohol. Esta intervención consistirá en hacer advertir oficialmente al bebedor, que si continúa turbando la paz de su familia y desordenando la sociedad, será reducida á una casa de corrección, destinada especialmente á los ebrios. Esta advertencia podrá ser algo eficaz antes de que se despierte la dipsomanía; pero desgraciadamente será inútil, desde que haya aparecido esa maldita é irresistible necesidad. Entonces, no queda otro recurso que el de reducir al ebrio á prisión, hasta que se cure completamente.

Yo me adhiero en el todo á la opinión de M. Joire, médico principal del asilo de enajenados de Lomelei (Lylle), quien, considerando al ebrio consuetudinario como á un demente que ha perdido su libertad moral, solicita que se le ponga en la imposibilidad de satisfacer su invencible pasión, y se le considere no como á un culpable, sino como á un enfermo cuya curación se espera. Me adhiero, pues, á este sabio consejo, inspirado por el estudio serio de la naturaleza, contra el dictamen de ciertos médicos, según los cuales el abuso de los licores espirituosos no debe tomarse en cuenta cuando se trata de la responsabilidad de un individuo, sino en caso de que se haya manifestado un delirio verdadero y permanente, es decir, en caso de que el alcohol haya producido uno de aquellos estados patológicos del cerebro que ocasiona la enajenación mental.

Estos médicos ignoran ú olvidan, al opinar así, que la dipsomanía pertenece á aquella forma de la locura que está caracterizada por lo irresistible de la inclinación; que la razón humana consiste no en la facultad de raciocinar, que conservan los bebedores, y que aun se encuentra en un gran número de enajenados, sino en las facultades instintivas ó morales que el ebrio ve poco á poco extinguirse en su conciencia; que el libre albedrío ó libertad moral se funda en el sentimiento del bien y del

el sentimiento que desaparece en el bebedor, igualmente que las demás facultades morales; que el alcoholizado hallándose sin el uso de su razón y de su albedrío, viene a ser, como cualquier otro loco, esclavo de los deseos que excitan en él las pasiones y los sentimientos perversos, naturales en el individuo ó ocasionados por la bebida; finalmente, que la voluntad, sin el influjo del albedrío, no se halla dirigida por el deber, sino por un deseo ocasional y caprichoso.

No es, sin embargo, la ignorancia ó el olvido de estas verdades lo que impide que tales médicos consideren á los ebrios dypsómanos como locos, sino el recelo de que la retención constituya un ataque contra la libertad individual. Esta consideración es muy grave, sin duda; pero, una vez que se cree necesaria la retención, respecto de los enajenados cuya locura es peligrosa para ellos mismos y para otros, debe ser aplicada por este propio motivo á los ebrios dypsómanos, porque su locura presenta en mayor grado este doble peligro. Sería tanto más sensible que el encierro no fuese adoptado en su favor, cuanto que este medio es ciertamente el único que puede salvarles de un vicio vergonzoso, degradante, demoralizador, homicida, y preservar á la familia del ebrio de los efectos desastrosos de la locura moral de éste, del trato cruel y de la miseria.

Una vez adoptada la supresión de la venta por menor de los licores alcohólicos, los dypsómanos vendrían á ser muy raros, y el encierro sería aplicado muy pocas veces á esta especie de locos. Los individuos que, retenidos en las prisiones ó los asilos de enajenados, por las faltas que han cometido, se hallan libres del veneno que turbaba sus facultades, ven renacer muy pronto en su conciencia los sentimientos morales, y con ellos la razón. Se les cree entonces curados y se les devuelve la libertad. Mas ay! la dypsomanía subsiste aún en un número considerable de ellos, y el primer uso que hacen de su libertad es volver á su antigua costumbre. En vista de este hecho, se conoce la necesidad de prolongar por algún tiempo la permanencia de estos dypsómanos en los expresados asilos. Ciertamente es sensible retener así á individuos que gozan actualmente del uso de su razón: pero entre dos males que no admiten remedio, debe elegirse el menor, que en este caso, es el encierro prolongado.



No es posible determinar el tiempo de la duración de este; porque tal tiempo ha de variar naturalmente según los individuos, y como no puede descubrirse por ninguna señal si la dypsomanía está curada ó persiste aún, debe explorarse esto por medio de una libertad que llamaremos provisoria, dada en días interrumpidos, hasta conocer si el sujeto puede combatir ya por sí propio su mala inclinación, en cuyo caso debe concedérsele la libertad definitiva.

La idea de encerrar á los dypsómanos en los asilos no es nueva, ni de pura teoría; se ha practicado ya durante doce años, con un éxito satisfactorio. Si los americanos, en lugar de construir nuevas prisiones para retener á los criminales, como lo hemos hecho en Francia, han suprimido la venta por menor de las bebidas alcohólicas, estos hombres eminentemente prácticos, llenos de iniciativa y de previsión, han sabido establecer también asilos especiales para el encierro de los ebrios, y de la aplicación de esta idea secunda, han obtenido tantas ventajas como de la aplicación de la primera. Un simple negociante que había principiado por ser administrador de una finca, Alberto Day, animado de una profunda compasión para con los ebrios, é imbuido de la creencia de que, asistiéndolos oportunamente, *podría restituirse el uso de la razón á gran número de ellos*, tuvo la feliz ocurrencia de fundar un asilo para estos desgraciados, partiendo del principio, esencialmente verdadero, de que *el ebrio es un hermano caído, que no puede volver á ponerse en pie sin el auxilio ajeno, y que si se le presenta suficiente apoyo, acabará generalmente por levantarse*. La experiencia ha confirmado su previsión, y el buen resultado que ha obtenido es tan sorprendente (más de los dos tercios de los dypsómanos que ingresaron en este primer asilo han sido curados), que otros tres establecimientos se fundaron, poco despues, con el mismo objeto, en los Estados de la Unión Americana. Se lee en la *Revista Británica*, número correspondiente á enero de 1869, un artículo muy interesante, que lleva por título: *Los hospitales de ebrios en los Estados Unidos*, artículo que trata de la fundación y administración de estos asilos. Un escrito de tanto interés debía de haber llamado la atención pública por la grande utilidad que de su lectura ha podido obtenerse; pero ha pasado casi desapercibido,

una entre la gente instruída, como todo lo que en Francia no va por el carril trillado y vulgar.

En los establecimientos de esta especie, el ingreso es libre y no provocado por autoridad alguna. Los individuos no suelen presentarse solicitando que se les admita, sino después de haber satisfecho por última vez su inclinación funesta, es decir, después de haberse saturado de alcohol: de otro modo, no tendrían fuerza suficiente para resolverse á ello. Todos estos ebrios entran enfermos y desmoralizados; mas la abstinencia total de las bebidas durante algunas semanas, hace que se restablezca en ellos la salud, que se extingan los malos instintos y renazcan los buenos. Poco á poco se despiertan la ambición, el sentimiento de la dignidad personal, la cortésia, &c., y el individuo viene á ser culto, dócil, tratable, de grosero, estúpido, tenaz y mal inclinado que antes era. Hay algunos que al principio se sienten devorados por la sed loca de beber. Conviene que no se les permita ceder á ésta, que suele durar de tres días á tres semanas. En otros se nota la falta de sueño, falta que puede remediarse con el bromuro de potasium. La mejoría física y moral es muy notable, después de trascurrido un mes.

Los medios que se emplean en esta clase de establecimientos son: la completa supresión de todo líquido alcoholizado y la excitación de los buenos sentimientos. Consíguese esta, con estimular el amor propio, la dignidad, el aprecio de sí mismo y alentar al enfermo por medio de la dulzura, las manifestaciones de afecto é interés, sin valerse nunca del temor, de las repreciones humillantes, ni de los castigos. Solo con la adopción de un método como éste, se puede retener á los dipsómanos en los asilos libres y lograr que renuncien á su fatal hábito.

Se ha observado que rara vez había curación completa, sin una recaída anterior. Esta recaída enseña al dipsómano á desconfiar de sus propias fuerzas; y le determina á huir constantemente de las ocasiones que pueden excitarle á beber. La curación no es definitiva, sino cuando el enfermo se priva absolutamente de todo líquido que contiene alcohol y repele las tentaciones que pudieran provocarle á tomarlo; pues, si incurre en la deplorable falta de llevar otra vez el veneno á sus labios, aunque sea muchos años después de la curación, reaparece inmediatamente la necesidad irresistible de beber y

lo hace recaer sin remedio en su pasada costumbre.

Las personas que tienen la idea de que el ebrio *dyspósmano* conserva su razón y debe ser responsable de sus acciones, no habían imaginado siquiera que el filántropo Alberto Day, en virtud de su simple buen sentido, hallase un medio de curar, en gran número de casos, á las víctimas de una pasión tan funesta, tenida hasta entonces por incurable.

Resumiré en pocas palabras mi pensamiento, sobre las providencias que deben adoptarse contra el azote del alcohol. Son estas :

1.<sup>o</sup> Combatir la embriaguez con la mayor energía, poniendo en práctica los medios preventivos que llevo indicados. El gobierno que de ello se descuente, y no trata de precaver los efectos del fatal veneno, recurriendo á expedientes que miran á la reforma de las costumbres, es aún más culpable que los mismos ebrios. Por severas que fueren las leyes que se den para reprimir las demasías de éstos, no serán parte á impedir que tales demasías se reproduzcan frecuentemente, pues como se ha dicho ya, las leyes sin el concurso de las costumbres, son impotentes y varas : *leges sine moribus vana proficiunt.*

2.<sup>o</sup> Considerar al bebedor *dyspósmano* como á enajenado, y reducirle á encierro en un asilo; condenarle á una larga retención, alimentarle sólo con pan y agua, si ha solido embriagarse habitualmente. El temor de tal encierro retraerá á muchos de beber en demasía.

Ciertas personas no miran la embriaguez como circunstancia atenuante, respecto de los crímenes cometidos por los que se hallan ebrios; por el contrario, opinan que es circunstancia agravante; pues el hombre que se embriaga, dicen, tiene el propósito de satisfacer un deseo criminal, y quiere sofocar el remordimiento ó el temor, que pudieran contenerle. Es verdad que en algunos casos, ciertos hombres resueltos á cometer un crimen, han buscado en la excitación alcohólica un medio de alentarse para ello, aniquilando todo temor; pero casos de esta especie son muy raros. Lo que más de ordinario acontece es que algunos malhechores, que carecen de valor para cometer el crimen por sí propios, embriagan á cualquier individuo de quien se sabe que perturbada la razón, es capaz de todo, y en este estado de locura moral, le hacen torpe instrumento de sus proyectos criminales. Con-

hizo, pues, no trocar las ideas, en la delicada cuestión de los crímenes cometidos durante la embriaguez. No es lo regular que un hombre se embriague para cometer el delito, sino que cometa éste, á consecuencia de haberse embriagado, es decir, á consecuencia de la extinción de los sentimientos morales y excitación de los malos instintos que en él ha producido el alcohol, enloqueciéndole completamente. Esta consideración me obliga á adoptar la opinión de que el estado de embriaguez constituye una circunstancia atenuante.

De muchos años acá, el estado moral de la Francia, sobre todo en las grandes ciudades, se halla profundamente turbado, pervertido, y esto por dos causas especiales de corrupción. He designado ya la una. La otra consiste en el licencioso desenfreno de la prensa, muy principalmente de la *pequeña prensa*, que alimenta á sus lectores con la narración de crímenes y de hechos inmorales. La literatura de baja estofa no cree llenar su misión, sino lanzando á sus lectores en un mundo fantástico: excitando su curiosidad, por medio del carácter perverso y extravagante de los personajes que pone en escena, en piezas de un gusto detestable; provocando al público, por la representación de hechos obscenos ó por la exhibición de cuadros indecentes; haciéndoles oír, finalmente, aquellas canciones tan bajas como ridículas de los *cañinos*, que envilecen á cuantos las escuchan con frecuencia. Esta causa de corrupción fué señalada por mí el año pasado en un artículo que intitulé: *Del contagio moral.—Hechos que comprueban su existencia—Del peligro que ofrece contra la moralidad y seguridad públicas, la narración de los crímenes hecha por los diarios*. Perfecciono hoy día el cumplimiento del deber que voluntariamente contraje, designando en este opúsculo la segunda y no menos grande causa de perversión social. Descor verdaderamente que cuantos intentan restablecer la moralidad de la Francia, tan notablemente decayda en estos años últimos, no desoigan los consejos de la ciencia.

La decadencia moral de nuestras ciudades más populosas, de París principalmente, debe ser atribuida en especial á las dos causas mencionadas, causas cuyo influjo pernicioso se acrecienta cada día.

A estas causas de perversión debe añadirse la miseria

de las clases inferiores de la sociedad y el progreso material exagerado en las superiores. Sépannos desconfiar prudentes de los favores que la fortuna dispensa con mano no pródiga. Esta diosa pérdida no da, presta solamente, y eso á un interés muy crecido. Por esta razón es que los antiguos, nuestros maestros en alegorías ingeniosas, al par que verdaderas, la representaban alguna vez mojadando en una copa emponzoñada de flores y los frutos que distribuye entre los mortales. El hombre abusa por desgracia de los bienes que se le han concedido por la Providencia. Cuando estos bienes son abundantes para él, se prestan á la fácil satisfacción de sus pasiones; de modo que la misma abundancia de ellos le perjudica frecuentemente en el vigor del cuerpo y del espíritu. Todas estas causas juntas han producido entre nosotros la decadencia física, intelectual y moral, tan tristemente definida con el nombre de *pequeño crecicismo* (*petit crecétisme*), triple decadencia que se da á conocer casi al mismo tiempo. No en vano se siembra y deja prosperar por un descuido ó por un sistema vituperable, la inmoralidad y el veneno en la sociedad francesa. Los tristes frutos de esta semilla, tan vivaz por desgracia, nunca dejan de llegar á la madurez. Convénzanos de esto lo que acontezca entre nosotros.

Séame permitido repetir aquí lo que decía yo mismo el año pasado, al terminar mi artículo sobre el "Contagio moral".

*Don d'ieu este escrito, por un deber de conciencia y por un acto de convicción, y ruego á todos los hombres de juicio recto é intencional tanto, que procuren sostener estos principios y hacerlos prevalecer. ¿Tendrá esta nueva súplica la misma acogida que la primera?*

PRÓSPERO DESPINE, doctor en Medicina.